

Apéndice

TEXTOS DEL MAGISTERIO

INTRODUCCIÓN

(1) "Se puede decir que, en la respuesta a los fariseos. Cristo presentó a los interlocutores también esta «visión integral del hombre», sin la cual no se puede dar respuesta alguna adecuada a las preguntas relacionadas con el matrimonio y la procreación. Precisamente esta visión integral del hombre debe ser construida según el «principio».

"Esto es igualmente válido para la mentalidad contemporánea, tal como lo era, aún cuando de modo diverso, para los interlocutores de Cristo. Efectivamente, somos hijos de una época en la que, por el desarrollo de varias disciplinas, esta visión integral del hombre puede ser fácilmente rechazada y sustituida por múltiples *concepciones parciales* que, deteniéndose sobre uno u otro aspecto del *compositum humanum*, no alcanzan al *integrum* del hombre, o lo dejan fuera del propio campo visivo" [Juan Pablo II, *Hombre y mujer los creó: catequesis sobre el amor humano*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2000, cap. XXIII, pp. 163-164].

1 – PADRE

(2) "Sin Jesús no sabemos qué significa realmente *padre*. Es algo que se reveló en su oración, y esa oración forma parte de él como un constitutivo. Un Jesús que no estuviese continuamente absorto en el Padre, que no estuviese constantemente en la más íntima comunicación con él, sería alguien muy diferente del Jesús de la Biblia, del Jesús real de la historia. Jesús vivió centrado en la oración, y desde ese centro comprendió a Dios, al mundo y a los hombres. Seguirle quiere decir: mirar al mundo con los ojos de Dios y vivir en consecuencia" [Joseph Ratzinger, *El Dios de Jesucristo*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1979, p. 33].

(3) "Vemos además la misma tradición, que viene desde el principio, y la doctrina y la fe de la Iglesia Católica. Fe que dio el Señor, predicaron los apóstoles y los padres han custodiado. En efecto, sobre ella está fundada la iglesia y si alguno se separa de ella, ni es, ni puede llamarse cristiano. Así pues, la Trinidad es santa y perfecta, confesada como Dios en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, no contiene nada extraño o mezclado desde el exterior, ni consta de creador y criatura, sino que toda entera es creadora y reproductora. Es semejante a sí misma, indivisible por naturaleza y su actividad es una sola. En efecto, el Padre lo hace todo por medio del Verbo en el Espíritu santo, y de este modo queda a salvo la unidad de la Santa Trinidad" [*Tradición. S. Atanasio (295-373), Epístolas a Serapión sobre el Espíritu Santo*, I, 28, 1-2, Editorial Ciudad Nueva, Madrid 2007, pp. 117-118]

2 – PADRE NUESTRO

(4) "Por eso es vano romanticismo decir: dispensadnos de los dogmas, de la cristología, del Espíritu Santo, de la trinidad. Ya tenemos bastante con anunciar a los hombres a Dios Padre y la total fraternidad humana, y vivir con eso sin teorías místicas; eso es lo que importa. Parece plausible cuando uno lo oye, pero ¿se atiende realmente de ese modo al complicado ser del hombre? ¿cómo sabemos lo que son la paternidad y la fraternidad para que confiemos tanto en ellas? Existen ciertamente, en las primitivas culturas, testimonios emocionantes de pura confianza en el *padre* que está en los cielos. Pero a medida que avanza el desarrollo, la atención religiosa, en la mayoría de los

casos, se aparta rápidamente de él, volviéndose hacia fuerzas más inmediatas; con el desarrollo de la historia, la imagen del hombre, y por consiguiente la imagen de Dios, han asumido rasgos ambiguos. Se sabe que los griegos llamaron *padre* a Zeus. Pero esa no era para ellos una palabra que invitase a la confianza, sino una expresión de la profunda ambigüedad de Dios, de la trágica ambigüedad y terribilidad del mundo. (...) Pero aun la *fraternidad* que hoy con tanto entusiasmo se invoca mientras nos apartamos del mundo de los padres, ¿es, en nuestra experiencia, tan inequívoca, tan esperanzadora? Los dos primeros hermanos de la historia fueron, según la Biblia, Caín y Abel; en la mitología romana corresponden a Rómulo y Remo: es un motivo universal, y parece una parodia cruel, pero escrita por la realidad misma, del himno a la *fraternidad*. Las experiencias de 1789 ¿no han aportado rasgos nuevos y más terribles aún? ¿no han confirmado más bien la visión de Caín y Abel, y no lo que con la palabra *fraternidad* se proponía? ¿Cómo sabemos que la paternidad es bondad digna de confianza y que, pese a todas las apariencias, Dios no juega con el mundo, sino que lo ama lealmente? Para eso tiene que manifestarse Dios mismo, derribar las imágenes y erigir un nuevo criterio. Esto ocurre en el Hijo, en Cristo. Toda su vida se recoge en oración en ese abismo de verdad y bondad que es Dios. Solo desde este *hijo*, llegamos verdaderamente a experimentar lo que es ser *padre*." [Joseph Ratzinger, *El Dios de Jesucristo*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1979, pp. 31-33].

(5) "Así, pues, nos encontramos de nuevo ante la pregunta: ¿Qué podemos esperar? Es necesaria una autocrítica de la edad moderna en diálogo con el cristianismo y con su concepción de la esperanza. En este diálogo, los cristianos, en el contexto de sus conocimientos y experiencias, tienen también que aprender de nuevo en qué consiste realmente su esperanza, qué tienen que ofrecer al mundo y qué es, por el contrario, lo que no pueden ofrecerle. Es necesario que en la autocrítica de la edad moderna confluya también una autocrítica del cristianismo moderno, que debe aprender siempre a comprenderse a sí mismo a partir de sus propias raíces. Sobre esto sólo se puede intentar hacer aquí alguna observación. Ante todo hay que preguntarse: ¿Qué significa realmente « progreso »; qué es lo que promete y qué es lo que no promete? [...] Dicho de otro modo: la ambigüedad del progreso resulta evidente. Indudablemente, ofrece nuevas posibilidades para el bien, pero también abre posibilidades abismales para el mal, posibilidades que antes no existían. Todos nosotros hemos sido testigos de cómo el progreso, en manos equivocadas, puede convertirse, y se ha convertido de hecho, en un progreso terrible en el mal. Si el progreso técnico no se corresponde con un progreso en la formación ética del hombre, con el crecimiento del hombre interior (cf. Ef 3,16; 2 Co 4,16), no es un progreso sino una amenaza para el hombre y para el mundo". [Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi* (2007) n. 22].

3 – QUE ESTÁS EN EL CIELO

(6) "La razón, como tal, está abierta a la trascendencia y sólo en el encuentro entre la realidad trascendente, la fe y la razón, el hombre se encuentra a sí mismo. Por tanto, pienso que precisamente el cometido y la misión de Europa en esta situación es encontrar este diálogo, integrar la fe y la racionalidad moderna en una única visión antropológica, que completa el ser humano y que hace así también comunicables las culturas humanas" [Benedicto XVI, *Palabras del Santo Padre a los periodistas durante el vuelo hacia Portugal*. Viaje Apostólico a Portugal (11 de mayo de 2010)]

(7) "El amor se basta por sí mismo, agrada por sí mismo y por su causa. El es su propio mérito y premio. El amor excluye todo otro motivo y otro fruto que no sea él mismo. Su fruto es su experiencia. Amo porque amo; amo para amar. Gran cosa es el amor, con tal de que vuelva a su

origen y retorne a su principio, si se vacía en su fuente y en ella recupera siempre su copioso caudal. El amor es el único entre todas las tendencias, sentidos y afectos del alma, con el cual puede responder la criatura a su autor, no con plena igualdad, pero sí de una manera muy semejante (...) Cuando Dios ama, lo único que quiere es ser amado. Si él ama, es para que nosotros lo amemos a él, sabiendo que el amor mismo hace felices a los que se aman entre sí (...); el amor del esposo y más es Esposo-amor sólo busca la correspondencia y la fidelidad del amor. Devuélvale, por tanto, la amada amor por amor. ¿Cómo no va a amar la esposa y más la Esposa-amor? ¿Por qué no amar al amor? Con toda razón renuncia a los demás afectos y se entrega exclusivamente al amor total, pues debe responder al amor devolviéndole amor. Pues aunque que vuelque totalmente en el amor, ¿podrá compararse con el manantial perenne del otro? No fluyen con la misma abundancia el amante y el Amor, el alma y el Verbo, la esposa y el Esposo, el Creador y la criatura, el sediento como la fuente (...) Pero aunque la criatura ama menos porque es menor, sin embargo, sí ama totalmente con todo su amor; nada falta cuando se entrega todo" [San Bernardo (1090-1153), *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, n. 83, 4-6, en: *Obras completas de San Bernardo*, V, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1987, p. 1031-1033].

(8) "Encontramos aquí de nuevo el problema de la relación de la *verdad* y del *bien*. En Dios, la verdad y el bien coinciden con el ser. Dios tiene el conocimiento de su ser, y quiere a su ser. Conocimiento y voluntad no hacen más que uno con el ser mismo, pero si consideramos la verdad como la correspondencia con el espíritu conecedor finito y el bien como la correspondencia con la tendencia finita (o como la correspondencia de un ente con otro ente al cual puede servir para alcanzar la perfección), la verdad y el bien son distintos; sin embargo, un lazo determinado continua uniéndolos (...) Este lazo está expresado por el término *bien verdadero*. Ahora bien, el ente es un bien verdadero cuando el conocimiento del ente en cuanto bueno es verdadero; en este caso no está solo en correspondencia con la tendencia de la creatura, sino también con la voluntad del creador, y puesto que en Dios el conocimiento y la voluntad no hacen más que uno, está conforme al mismo tiempo con su *arquetipo* en el espíritu divino, es decir, es *verdadero* en el sentido de la *verdad* de la esencia" [Edith Stein (1891-1942), *Ser Finito y Ser Eterno*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1994, cap. V, n. 16, p. 328-329].

(9) 2357. La homosexualidad designa las relaciones entre hombres o mujeres que experimentan una atracción sexual, exclusiva o predominante, hacia personas del mismo sexo. Reviste formas muy variadas a través de los siglos y las culturas. Su origen psíquico permanece en gran medida inexplicado. Apoyándose en la Sagrada Escritura que los presenta como depravaciones graves (cfr. Gn 19, 1-29; Rm 1, 24-27; 1 Co 6, 10; 1 Tm 1, 10), la Tradición ha declarado siempre que "los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados" (Congregación para la Doctrina de la Fe, Decl. *Persona humana*, 8). Son contrarios a la ley natural. Cierran el acto sexual al don de la vida. No proceden de una verdadera complementariedad afectiva y sexual. No pueden recibir aprobación en ningún caso.

2358. Un número apreciable de hombres y mujeres presentan tendencias homosexuales profundamente arraigadas. Esta inclinación, objetivamente desordenada, constituye para la mayoría de ellos una auténtica prueba. Deben ser acogidos con respeto, compasión y delicadeza. Se evitará, respecto a ellos, todo signo de discriminación injusta. Estas personas están llamadas a realizar la voluntad de Dios en su vida, y, si son cristianas, a unir al sacrificio de la cruz del Señor las dificultades que pueden encontrar a causa de su condición.

2359. Las personas homosexuales están llamadas a la castidad. Mediante virtudes de dominio de sí mismo que eduquen la libertad interior, y a veces mediante el apoyo de una amistad desinteresada, de la oración y la gracia sacramental, pueden y deben acercarse gradual y resueltamente a la perfección cristiana [*Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 2357-2359]

4 – SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

(10) “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador. Muchos son, sin embargo, los que hoy día se desentienden del todo de esta íntima y vital unión con Dios o la niegan en forma explícita. Es este ateísmo uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo. Y debe ser examinado con toda atención. La palabra «ateísmo» designa realidades muy diversas. Unos niegan a Dios expresamente. Otros afirman que nada puede decirse acerca de Dios. Los hay que someten la cuestión teológica a un análisis metodológico tal, que reputa como inútil el propio planteamiento de la cuestión. Muchos, rebasando indebidamente los límites sobre esta base puramente científica o, por el contrario, rechazan sin excepción toda verdad absoluta. Hay quienes exaltan tanto al hombre, que dejan sin contenido la fe en Dios, ya que les interesa más, a lo que parece, la afirmación del hombre que la negación de Dios. Hay quienes imaginan un Dios por ellos rechazado, que nada tiene que ver con el Dios del Evangelio. Otros ni siquiera se plantean la cuestión de la existencia de Dios, porque, al parecer, no sienten inquietud religiosa alguna y no perciben el motivo de preocuparse por el hecho religioso. Además, el ateísmo nace a veces como violenta protesta contra la existencia del mal en el mundo o como adjudicación indebida del carácter absoluto a ciertos bienes humanos que son considerados prácticamente como sucedáneos de Dios (...) Porque el ateísmo, considerado en su total integridad, no es un fenómeno originario, sino un fenómeno derivado de varias causas, entre las que se debe contar también la reacción crítica contra las religiones, y, ciertamente en algunas zonas del mundo, sobre todo contra la religión cristiana. Por lo cual, en esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión” [Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes* n. 19]”.

(11) “¿Somos verdaderamente el santuario de Dios en el mundo y para el mundo? ¿Abrimos a los hombres el acceso a Dios o, por el contrario, se lo escondemos? Nosotros –el Pueblo de Dios– ¿acaso no nos hemos convertido en un pueblo de incredulidad y de lejanía de Dios? ¿No es verdad que el Occidente, que los países centrales del cristianismo están cansados de su fe y, aburridos de su propia historia y cultura, ya no quieren conocer la fe en Jesucristo? Tenemos motivos para gritar en esta hora a Dios: “No permitas que nos convirtamos en no-pueblo. Haz que te reconozcamos de nuevo. Sí, nos has ungido con tu amor, has infundido tu Espíritu Santo sobre nosotros. Haz que la fuerza de tu Espíritu se haga nuevamente eficaz en nosotros, para que demos testimonio de tu mensaje con alegría” [Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa Crismal* (21 de abril de 2011)].

(12) "El derecho a la libertad religiosa se funda en la misma dignidad de la persona humana, cuya naturaleza trascendente no se puede ignorar o descuidar. Dios creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza (cf. *Gen 1, 27*). Por eso, toda persona es titular del *derecho sagrado* a una vida íntegra, también desde el punto de vista espiritual. Si no se reconoce su propio ser espiritual, sin la apertura a la trascendencia, la persona humana se repliega sobre sí misma, no logra encontrar respuestas a los interrogantes de su corazón sobre el sentido de la vida, ni conquistar valores y principios éticos duraderos, y tampoco consigue siquiera experimentar una auténtica libertad y desarrollar una sociedad justa" [Benedicto XVI, *Mensaje para la Celebración de la XLIV Jornada Mundial de la Paz* (8 de diciembre de 2010)].

(13) "Es preocupante que este servicio que las comunidades religiosas ofrecen a toda la sociedad, en particular mediante la educación de las jóvenes generaciones, sea puesto en peligro u obstaculizado por proyectos de ley que amenazan con crear una especie de monopolio estatal en materia escolástica, como se puede constatar por ejemplo en algunos países de América Latina (...) Exhorto a todos los Gobiernos a promover sistemas educativos que respeten el derecho primordial de las familias a decidir la educación de sus hijos, inspirándose en el principio de subsidiariedad, esencial para organizar una sociedad justa. Continuando mi reflexión, no puedo dejar de mencionar otra amenaza a la libertad religiosa de las familias en algunos países europeos, allí donde se ha impuesto la participación a cursos de educación sexual o cívica que transmiten una concepción de la persona y de la vida pretendidamente neutra, pero que en realidad reflejan una antropología contraria a la fe y a la justa razón" [Benedicto XVI, *Discurso al Cuerpo Diplomático* (10 de enero de 2011)].

(14) "Adorar al Dios de Jesucristo, que se hizo pan partido por amor, es el remedio más válido y radical contra las idolatrías de ayer y hoy. Arrodillarse ante la Eucaristía es una profesión de libertad: quien se inclina ante Jesús no puede y no debe postrarse ante ningún poder terreno, por más fuerte que sea. Los cristianos sólo nos arrodillamos ante Dios, ante el Santísimo Sacramento, porque sabemos y creemos que en él está presente el único Dios verdadero, que ha creado el mundo y lo ha amado hasta el punto de entregar a su Hijo único (cf. *Jn 3, 16*). Nos postramos ante Dios que primero se ha inclinado hacia el hombre, como buen Samaritano, para socorrerlo y devolverle la vida, y se ha arrodillado ante nosotros para lavar nuestros pies sucios. Adorar el Cuerpo de Cristo quiere decir creer que allí, en ese pedazo de pan, se encuentra realmente Cristo, el cual da verdaderamente sentido a la vida, al inmenso universo y a la criatura más pequeña, a toda la historia humana y a la existencia más breve. La adoración es oración que prolonga la celebración y la comunión eucarística; en ella el alma sigue alimentándose" [Benedicto XVI, *Homilía en la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo* (22 de mayo de 2008)].

(15) "Mediante la fe, somos introducidos en el misterio de amor que es la Santísima Trinidad. Somos, de alguna manera, abrazados por Dios, transformados por su amor. La Iglesia es ese abrazo de Dios en el que los hombres aprenden también a abrazar a sus hermanos, descubriendo en ellos la imagen y semejanza divina, que constituye la verdad más profunda de su ser, y que es origen de la genuina libertad" [Benedicto XVI, *Discurso durante la visita a la Catedral de Santiago de Compostela* (6 de noviembre de 2010)].

(16) "Él, Cristo, que dice de sí mismo: «Yo soy la luz del mundo» (*Jn 8, 12*), hace brillar nuestra vida, para que se cumpla lo que acabamos de escuchar en el Evangelio: «Vosotros sois la luz del mundo» (*Mt 5, 14*). No son nuestros esfuerzos humanos o el progreso técnico de nuestro tiempo los que aportan luz al mundo. Una y otra vez, experimentamos que nuestro esfuerzo por un orden mejor y más justo tiene sus límites. El sufrimiento de los inocentes y, más aún, la muerte de cualquier

hombre, producen una oscuridad impenetrable, que quizás se esclarece momentáneamente con nuevas experiencias, como un rayo en la noche. Pero, al final, queda una oscuridad angustiosa.

Puede haber en nuestro entorno tiniebla y oscuridad y, sin embargo, vemos una luz: una pequeña llama, minúscula, más fuerte que la oscuridad, en apariencia poderosa e insuperable. Cristo, resucitado de entre los muertos, brilla en el mundo, y lo hace de la forma más clara, precisamente allí donde según el juicio humano todo parece sombrío y sin esperanza. Él ha vencido a la muerte – Él vive – y la fe en Él, penetra como una pequeña luz todo lo que es oscuridad y amenaza (...) No obstante los progresos técnicos, el mundo en que vivimos, por lo que se ve, nunca llega en definitiva a ser mejor. Sigue habiendo guerras, terror, hambre y enfermedades, pobreza extrema y represión sin piedad. E incluso aquellos que en la historia se han creído «portadores de luz», pero sin haber sido iluminados por Cristo, única luz verdadera, no han creado ningún paraíso terrenal, sino que, por el contrario, han instaurado dictaduras y sistemas totalitarios, en los que se ha sofocado hasta la más pequeña chispa de humanidad.

Llegados a este punto, no debemos silenciar el hecho de que el mal existe. Lo vemos en tantos lugares del mundo; pero lo vemos también, y esto nos asusta, en nuestra vida. Sí, en nuestro propio corazón existe la inclinación al mal, el egoísmo, la envidia, la agresividad. Quizás se puede controlar esto de algún modo con una cierta autodisciplina. Pero es más difícil con formas de mal más bien oscuras, que pueden envolvernos como una niebla difusa, como la pereza, la lentitud en querer y hacer el bien. En la historia, algunos finos observadores han señalado frecuentemente que el daño a la Iglesia no lo provocan sus adversarios, sino los cristianos mediocres. «Vosotros sois la luz del mundo». Solamente Cristo puede decir: «Yo soy la luz del mundo». Todos nosotros somos luz únicamente si estamos en este «vosotros», que a partir del Señor llega a ser nuevamente luz. Y lo mismo que el Señor afirma de la sal, como signo de amonestación, que podría llegar a ser insípida, de igual modo en las palabras sobre la luz ha incluido una pequeña advertencia. En vez de poner la luz sobre el candelero, se puede meter debajo del celmín. Preguntémosnos: ¿cuántas veces ocultamos la luz de Dios bajo nuestra inercia, nuestra obstinación, de manera que no puede brillar por medio de nosotros en el mundo?

Queridos amigos, el apóstol san Pablo, se atreve a llamar «santos» en muchas de sus cartas a sus contemporáneos, los miembros de las comunidades locales (...) No existe ningún santo, salvo la bienaventurada Virgen María, que no haya conocido el pecado y que nunca haya caído. Queridos amigos, Cristo no se interesa tanto por las veces que flaqueamos o caemos en la vida, sino por las veces que nosotros, con su ayuda, nos levantamos. No exige acciones extraordinarias, pero quiere que su luz brille en vosotros. No os llama porque sois buenos y perfectos, sino porque Él es bueno y quiere haceros amigos suyos. Sí, vosotros sois la luz del mundo, porque Jesús es vuestra luz. Vosotros sois cristianos, no porque hacéis cosas especiales y extraordinarias, sino porque Él, Cristo, es vuestra, nuestra vida. Vosotros sois santos, nosotros somos santos, si dejamos que su gracia actúe en nosotros (...) «Vosotros sois la luz del mundo». «Donde está Dios, allí hay futuro». [Benedicto XVI, *Discurso en la Vigilia de Oración con los jóvenes en la Feria de Friburgo de Brisgovia* (24 de septiembre de 2011)].

(17) "Podemos decirlo de un modo más explícito: hablando del Reino de Dios, Jesús anuncia simplemente Dios, es decir, al Dios vivo, que es capaz de actuar en el mundo y en la historia de un modo concreto, y precisamente ahora lo está haciendo. Nos dice: Dios existe. Y además: Dios es realmente Dios, es decir, tiene en sus manos los hilos del mundo. En este sentido, el mensaje de Jesús resulta muy sencillo, enteramente teocéntrico. El aspecto nuevo y totalmente específico de su mensaje consiste en que Él nos dice: Dios actúa ahora; esta es la hora en que Dios, de una manera que supera cualquier modalidad precedente, se manifiesta en la historia como su verdadero Señor, como el Dios vivo. En este sentido, la traducción "Reino de Dios" es inadecuada, sería mejor hablar del «ser soberano de Dios» o del reinado de Dios". [Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, cap. 3, La Esfera de los Libros, Madrid 2007, p. 83].

(18) "El amor generoso e indisoluble de un hombre y una mujer es el marco eficaz y el fundamento de la vida humana en su gestación, en su alumbramiento, en su crecimiento y en su término natural. Sólo donde existen el amor y la fidelidad, nace y perdura la verdadera libertad. Por eso, la Iglesia aboga por adecuadas medidas económicas y sociales para que la mujer encuentre en el hogar y en el trabajo su plena realización; para que el hombre y la mujer que contraen matrimonio y forman una familia sean decididamente apoyados por el Estado; para que se defienda la vida de los hijos como sagrada e inviolable desde el momento de su concepción; para que la natalidad sea dignificada, valorada y apoyada jurídica, social y legislativamente. Por eso, la Iglesia se opone a todas las formas de negación de la vida humana y apoya cuanto promueva el orden natural en el ámbito de la institución familiar". [Benedicto XVI, *Homilía en la Consagración de la Iglesia de la Sagrada Familia y del Altar* (7 de noviembre de 2010)].

(19) "El Concilio, al afirmar que el hombre es la única criatura sobre la tierra amada por Dios por sí misma, dice a continuación que él «no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino en la entrega sincera de sí mismo». Esto podría parecer una contradicción, pero no lo es absolutamente. Es, más bien, la gran y maravillosa paradoja de la existencia humana: una existencia llamada a servir *la verdad en el amor*. El amor hace que el hombre se realice mediante la entrega sincera de sí mismo. Amar significa dar y recibir lo que no se puede comprar ni vender, sino sólo regalar libre y recíprocamente. La entrega de la persona exige, por su naturaleza, que sea duradera e irrevocable. La indisolubilidad del matrimonio deriva primariamente de la esencia de esa entrega: *entrega de la persona a la persona*". [Juan Pablo II, Carta a las Familias *Gratissimam sane* (1994) n. 11].

(20) "Creador es aquél que «llama a la existencia de la nada», y que establece el mundo en la existencia y al hombre en el mundo, porque Él «es amor» (1 Jn 4,8). A decir verdad, no encontramos esta palabra amor (Dios es amor) en el relato de la creación; sin embargo este relato repite a menudo «Dios vio cuanto había hecho y todo era muy bueno». A través de estas palabras somos llevados a entrever en el amor el motivo divino de la creación, como el manantial del cuál esta brota: *solamente el amor, en efecto, da comienzo al bien y se complace en el bien* (1 Cor 13). Por eso la creación, como acción de Dios, no solo significa llamar a la existencia de la nada y establecer la existencia del mundo y del hombre en el mundo, sino que significa también, según la primera narración «beresit bara», *donación*; una donación fundamental y «radical», es decir una donación en la que el don surge precisamente de la nada. La lectura de los primeros capítulos del Libro del Génesis nos introduce en el misterio de la creación, es decir, del inicio del mundo por querer de Dios que es omnipotencia y amor". [Juan Pablo II, *Hombre y mujer los creó: catequesis sobre el amor humano*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2000, cap. XIII, p. 117-118].

(21) "El hecho de que el ser humano, creado como hombre y mujer, sea imagen de Dios no significa solamente que cada uno de ellos individualmente es semejante a Dios como ser racional y libre; significa además que el hombre y la mujer, creados como «unidad de los dos» en su común humanidad, están llamados a vivir una comunión de amor y, de este modo, reflejar en el mundo la comunión de amor que se da en Dios, por la que las tres Personas se aman en el íntimo misterio de la única vida divina. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo —un solo Dios en la unidad de la divinidad— existen como personas por las inexcrutables relaciones divinas. Solamente así se hace comprensible la verdad de que Dios en sí mismo es amor (cf. 1 Jn 4, 16). *La imagen y semejanza de Dios en el hombre*, creado como hombre y mujer (por la analogía que se presupone entre el Creador y la criatura), expresa también, por consiguiente, la «unidad de los dos» en la común humanidad (...) y al mismo tiempo como una llamada y tarea". [Juan Pablo II, Carta apostólica *Mulieris Dignitatem* (1988) n. 7].

(22) "El hombre ha llegado a ser «imagen y semejanza de Dios» no solo a través de la propia humanidad, sino también a través de la comunión de personas, que el hombre y la mujer forman desde el inicio. (...) En efecto, el don revela, por así decirlo, una particular característica de la existencia personal, más aún de la misma esencia de la persona. Cuando Dios-Yahvé dice «que no es bueno que el hombre esté solo» (Gn 2,18), afirma que por sí «solo», el hombre no realiza totalmente esta esencia. Solamente la realiza existiendo «con alguno» - y todavía más profunda y más completamente: existiendo «para alguno» (...) Comunión de las personas significa existir en un recíproco «para», en una relación de recíproco don. Y esta relación es, precisamente, el cumplimiento de la soledad originaria del «hombre». (...) El cuerpo humano, con su sexo y su masculinidad y femineidad, contemplado en el misterio mismo de la creación, no solo es manantial de fecundidad y de procreación, como en todo el orden natural, sino que contiene desde «el principio» el atributo «esponsal», es decir, la capacidad de expresar el amor: precisamente ese amor en el que el hombre-persona se convierte en don y —mediante este don— realiza el sentido mismo de su ser y existir. (...) Este hombre no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino a través de un sincero don de sí". [Juan Pablo II, *Hombre y mujer los creó: catequesis sobre el amor humano*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2000, cap. IX, p. 99; cap. XIV, p. 120; cap. XV, p. 124].

(23) "La familia contemporánea, como la de siempre, va buscando el «amor hermoso». Un amor no «hermoso», o sea, reducido sólo a satisfacción de la concupiscencia (cf. 1 Jn 2, 16) o a un recíproco «uso» del hombre y de la mujer, hace a las personas esclavas de sus debilidades. ¿No favorecen esta esclavitud ciertos «programas culturales» modernos? Son programas que «juegan» con las debilidades del hombre, haciéndolo así más débil e indefenso. *La civilización del amor evoca la alegría: alegría*, entre otras cosas, porque un hombre viene al mundo (cf. Jn 16, 21) y, consiguientemente, porque los esposos llegan a ser padres. Civilización del amor significa «alegrarse con la verdad» (cf. 1 Co 13, 6); pero una civilización inspirada en una mentalidad consumista y antinatalista no es ni puede ser nunca una civilización del amor. (...) Las familias dejan de dar testimonio de la civilización del amor e incluso pueden ser su negación, una especie de *antitestimonio*. Una familia disgregada puede, a su vez, generar una forma concreta de «anticivilización», destruyendo el amor en los diversos ámbitos en los que se expresa, con inevitables repercusiones en el conjunto de la vida social". [Juan Pablo II, Carta a las Familias *Gratissimam sane* (1994) n. 13].

(24) "Con el tiempo se ha calmado la oleada de las teologías de la revolución que, basándose en un Jesús interpretado como zelote, trataron de legitimar la violencia como medio para establecer un mundo mejor, el «Reino». Los terribles resultados de una violencia motivada religiosamente están a la vista de todos nosotros de manera más que sobradamente rotunda. La violencia no instauro el Reino de Dios, el reino del humanismo. Por el contrario, es un instrumento preferido por el anticristo, por más que invoque motivos religiosos e idealistas. No sirve a la humanidad, sino a la inhumanidad". [Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, 2ª parte, cap. 4, La Esfera de los Libros, Madrid 2011, p. 26].

(25) "A través de los discípulos y su misión, el mundo en su conjunto ha de ser rescatado de su alienación, debe hallar la unidad con Dios. (...) Esta es propiamente la misión de Jesús (...) llevar al «mundo» fuera de la alienación del hombre respecto a Dios y de sí mismo, para que el mundo vuelva a ser de Dios y el hombre, al hacerse una sola cosa con Dios, torne a ser totalmente él mismo. Esta transformación, sin embargo, tiene el precio de la cruz y, para los testigos de Cristo, el de la disponibilidad al martirio". [Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, 2ª parte, cap. 4, La Esfera de los Libros, Madrid 2011, pp. 121-123].

(26) "La escuela católica, a la par que se abre como conviene a las condiciones del progreso actual, educa a sus alumnos para conseguir eficazmente el bien de la ciudad terrestre y los prepara para servir a la difusión del Reino de Dios, a fin de que con el ejercicio de una vida ejemplar y apostólica sean como el fermento salvador de la comunidad humana". [Concilio Vaticano II, *Declaración Gravissimum educationis*, n. 8].

(27) "Educar jamás ha sido fácil, y hoy parece cada vez más difícil. Lo saben bien los padres de familia, los profesores, los sacerdotes y todos los que tienen responsabilidades educativas directas. Por eso, se habla de una gran "emergencia educativa" (...). Ni siquiera los valores más grandes del pasado pueden heredarse simplemente; tienen que ser asumidos y renovados a través de una opción personal, a menudo costosa. Pero cuando vacilan los cimientos y fallan las certezas esenciales, la necesidad de esos valores vuelve a sentirse de modo urgente; así, en concreto, hoy aumenta la exigencia de una educación que sea verdaderamente tal. La solicitan los padres, preocupados y con frecuencia angustiados por el futuro de sus hijos; la solicitan tantos profesores, que viven la triste experiencia de la degradación de sus escuelas; la solicita la sociedad en su conjunto, que ve cómo se ponen en duda las bases mismas de la convivencia; la solicitan en lo más íntimo los mismos muchachos y jóvenes, que no quieren verse abandonados ante los desafíos de la vida. Además, quien cree en Jesucristo posee un motivo ulterior y más fuerte para no tener miedo, pues sabe que Dios no nos abandona, que su amor nos alcanza donde estamos y como somos, con nuestras miserias y debilidades, para ofrecernos una nueva posibilidad de bien". [Benedicto XVI, *Carta a la Diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero de 2008)].

(28) "Por tanto, lo que todos debemos asegurar a nuestro prójimo es un servicio de amor, para que siempre se defienda y promueva su vida, especialmente cuando es más débil o está amenazada. Es una exigencia no sólo personal sino también social, que todos debemos cultivar, poniendo el respeto incondicional de la vida humana como fundamento de una sociedad renovada.

Se nos pide amar y respetar la vida de cada hombre y de cada mujer y trabajar con constancia y valor, para que se instaure finalmente en nuestro tiempo, marcado por tantos signos de muerte, una cultura nueva de la vida, fruto de la cultura de la verdad y del amor". [n.77].

El Evangelio de la vida es para la ciudad de los hombres. (...) Ni puede tener bases sólidas una sociedad que —mientras afirma valores como la dignidad de la persona, la justicia y la paz— se contradice radicalmente aceptando o tolerando las formas más diversas de desprecio y violación de la vida humana sobre todo si es débil y marginada. Sólo el respeto de la vida puede fundamentar y garantizar los bienes más preciosos y necesarios de la sociedad, como la democracia y la paz. En efecto, no puede haber *verdadera democracia*, si no se reconoce la dignidad de cada persona y no se respetan sus derechos. No puede haber siquiera *verdadera paz*, si no se defiende y promueve la vida, como recordaba Pablo VI: «Todo delito contra la vida es un atentado contra la paz, especialmente si hace mella en la conducta del pueblo..., por el contrario, donde los derechos del hombre son profesados realmente y reconocidos y defendidos públicamente, la paz se convierte en la atmósfera alegre y operante de la convivencia social». [n. 101]. [Juan Pablo II, Carta encíclica *Evangelium vitae* (1995) n. 77; n. 101].

(29) "Es una tragedia que en Europa, sobre todo en el siglo XIX, se afirmase y divulgase la convicción de que Dios es el antagonista del hombre y el enemigo de su libertad. Con esto se quería ensombrecer la verdadera fe bíblica en Dios, que envió al mundo a su Hijo Jesucristo, a fin de que nadie perezca, sino que todos tengan vida eterna (cf. Jn 3,16). El autor sagrado afirma tajante ante un paganismo para el cual Dios es envidioso o despectivo del hombre: ¿Cómo hubiera creado Dios todas las cosas si no las hubiera amado, Él que en su plenitud infinita no necesita nada? (cf. Sab 11,24-26). ¿Cómo se hubiera revelado a los hombres si no quisiera velar por ellos? Dios es el origen de nuestro ser y cimiento y cúspide de nuestra libertad; no su oponente. (...) Europa ha de abrirse a Dios, salir a su encuentro sin miedo, trabajar con su gracia por aquella dignidad del hombre que habían descubierto las mejores tradiciones. (...) Cruz y amor, cruz y luz han sido sinónimos en nuestra historia, porque Cristo se dejó clavar en ella para darnos el supremo testimonio de su amor, para invitarnos al perdón y la reconciliación, para enseñarnos a vencer el mal con el bien (...) ¡Oh Cruz bendita, brilla siempre en tierras de Europa!". [Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa con ocasión del Año Santo Compostelano en la Plaza del Obradoiro de Santiago de Compostela* (6 de noviembre de 2010)].

(30) "Nacida del amor del Padre Eterno, fundada en el tiempo por Cristo Redentor, reunida en el Espíritu Santo, la Iglesia tiene una finalidad escatológica y de salvación, que sólo en el mundo futuro podrá alcanzar plenamente. Está presente ya aquí en la tierra, formada por hombres, es decir, por miembros de la ciudad terrena que tienen la vocación de formar en la propia historia del género humano la familia de los hijos de Dios, que ha de ir aumentando sin cesar hasta la venida del Señor. (...) Al buscar su propio fin de salvación, la Iglesia no sólo comunica la vida divina al hombre, sino que además difunde sobre el universo mundo, en cierto modo, el reflejo de su luz, sobre todo curando y elevando la dignidad de la persona, consolidando la firmeza de la sociedad y dotando a la actividad diaria de la humanidad de un sentido y de una significación mucho más profundos. Cree la Iglesia que de esta manera, por medio de sus hijos y por medio de su entera comunidad, puede ofrecer gran ayuda para dar un sentido más humano al hombre a su historia". [Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes* n. 40].

(31) "Que haya paz en la tierra (cf. Lc 2, 14) es voluntad de Dios y, por tanto, también una tarea encomendada al hombre. El cristiano sabe que el perdurar de la paz va unido a que el hombre se mantenga en la *eudokía* de Dios, en su «beneplácito». El empeño de estar en paz con Dios es una parte esencial del propósito por alcanzar la «paz en la tierra». (...) Cuando el hombre pierde de vista a Dios fracasa la paz y predomina la violencia, con atrocidades impensables, como lo vemos hoy de

manera sobradamente clara”. [Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, cap. 4, La Esfera de los Libros, Madrid 2007, p. 114].

(32) “La Iglesia propone con fuerza esta relación entre ética de la vida y ética social, consciente de que «no puede tener bases sólidas, una sociedad que —mientras afirma valores como la dignidad de la persona, la justicia y la paz— se contradice radicalmente aceptando y tolerando las más variadas formas de menosprecio y violación de la vida humana, sobre todo si es débil y marginada»”. [Benedicto XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate* (2009) n. 15].

(33) “No obstante, se ha de añadir que, además del fanatismo religioso que impide el ejercicio del derecho a la libertad de religión en algunos ambientes, también la promoción programada de la indiferencia religiosa o del ateísmo práctico por parte de muchos países contrasta con las necesidades del desarrollo de los pueblos, sustrayéndoles bienes espirituales y humanos. *Dios es el garante del verdadero desarrollo del hombre* en cuanto, habiéndolo creado a su imagen, funda también su dignidad trascendente y alimenta su anhelo constitutivo de «ser más». El ser humano no es un átomo perdido en un universo casual, sino una criatura de Dios, a quien Él ha querido dar un alma inmortal y al que ha amado desde siempre. Si el hombre fuera fruto sólo del azar o la necesidad, o si tuviera que reducir sus aspiraciones al horizonte angosto de las situaciones en que vive, si todo fuera únicamente historia y cultura, y el hombre no tuviera una naturaleza destinada a trascenderse en una vida sobrenatural, podría hablarse de incremento o de evolución, pero no de desarrollo. Cuando el Estado promueve, enseña, o incluso impone formas de ateísmo práctico, priva a sus ciudadanos de la fuerza moral y espiritual indispensable para comprometerse en el desarrollo humano integral y les impide avanzar con renovado dinamismo en su compromiso en favor de una respuesta humana más generosa al amor divino. Y también se da el caso de que países económicamente desarrollados o emergentes exporten a los países pobres, en el contexto de sus relaciones culturales, comerciales y políticas, esta visión restringida de la persona y su destino. Éste es el daño que el «superdesarrollo» produce al desarrollo auténtico, cuando va acompañado por el «subdesarrollo moral»”. [Benedicto XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate* (2009) n. 29].

(34) “Los «mesianismos prometedores, pero forjadores de ilusiones»[38] basan siempre sus propias propuestas en la negación de la dimensión trascendente del desarrollo, seguros de tenerlo todo a su disposición. Esta falsa seguridad se convierte en debilidad, porque comporta el sometimiento del hombre, reducido a un medio para el desarrollo, mientras que la humildad de quien acoge una vocación se transforma en verdadera autonomía, porque hace libre a la persona”. [Benedicto XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate* (2009) n. 17].

(35) “Kant toma en consideración la posibilidad de que, junto al final natural de todas las cosas, se produzca también uno contrario a la naturaleza, perverso. A este respecto, escribe: «Si llegara un día en el que el cristianismo no fuera ya digno de amor, el pensamiento dominante de los hombres debería convertirse en el de un rechazo y una oposición contra él; y el anticristo [...] inauguraría su régimen, aunque breve (fundado presumiblemente en el miedo y el egoísmo). A continuación, no obstante, puesto que el cristianismo, aun habiendo sido destinado a ser la religión universal, no habría sido ayudado de hecho por el destino a serlo, podría ocurrir, bajo el aspecto moral, el final (perverso) de todas las cosas»”. [Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe Salvi* (2007) n. 19].

(36) “Un «reino de Dios» instaurado sin Dios —un reino, pues, sólo del hombre— desemboca inevitablemente en «el final perverso» de todas las cosas descrito por Kant: lo hemos visto y lo seguimos viendo siempre una y otra vez. Pero tampoco cabe duda de que Dios entra realmente en

las cosas humanas a condición de que no sólo lo pensemos nosotros, sino que Él mismo salga a nuestro encuentro y nos hable. Por eso la razón necesita de la fe para llegar a ser totalmente ella misma: razón y fe se necesitan mutuamente para realizar su verdadera naturaleza y su misión". [Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe Salvi* (2007) n. 23].

(37) "Para salvaguardar la naturaleza no basta intervenir con incentivos o desincentivos económicos, y ni siquiera basta con una instrucción adecuada. Éstos son instrumentos importantes, pero *el problema decisivo es la capacidad moral global de la sociedad*. Si no se respeta el derecho a la vida y a la muerte natural, si se hace artificial la concepción, la gestación y el nacimiento del hombre, si se sacrifican embriones humanos a la investigación, la conciencia común acaba perdiendo el concepto de ecología humana y con ello de la ecología ambiental. (...) El libro de la naturaleza es uno e indivisible, tanto en lo que concierne a la vida, la sexualidad, el matrimonio, la familia, las relaciones sociales, en una palabra, el desarrollo humano integral. Los deberes que tenemos con el ambiente están relacionados con los que tenemos para con la persona considerada en sí misma y en su relación con los otros". [Benedicto XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate* (2009) n. 51].

(38) "Pero la racionalidad del quehacer técnico centrada sólo en sí misma se revela como irracional, porque comporta un rechazo firme del sentido y del valor. Por ello, la cerrazón a la trascendencia tropieza con la dificultad de pensar cómo es posible que de la nada haya surgido el ser y de la casualidad la inteligencia. Ante estos problemas tan dramáticos, razón y fe se ayudan mutuamente. Sólo juntas salvarán al hombre. *Atraída por el puro quehacer técnico, la razón sin la fe se ve avocada a perderse en la ilusión de su propia omnipotencia. La fe sin la razón corre el riesgo de alejarse de la vida concreta de las personas*". [Benedicto XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate* (2009) n. 74].

(39) "Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba *ardiendo de amor*. Comprendí que sólo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre...Comprendí que *el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares*... En una palabra, ¡que *el amor es eterno*...! (...) Sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado. En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo... ¡¡¡Así mi sueño se verá hecho realidad...!!! (...) Sí, Amado mío, así es como se consumirá mi vida... No tengo otra forma de demostrarte mi amor que arrojando flores, es decir, no dejando escapar ningún pequeño sacrificio, ni una sola mirada, ni una sola palabra, aprovechando hasta las más pequeñas cosas y haciéndolas por amor... (...). Jesús, Jesús, si tan delicioso es el deseo de amarte, ¿qué será poseer al Amor, gozar del Amor? (...) ¿Por qué no reservas estas aspiraciones tan inmensas para las almas grandes, para las águilas que se ciernen en las alturas...? Yo me considero un débil pajarito cubierto únicamente por un ligero plumón. Yo no soy un águila, sólo tengo de águila los *ojos* y el *corazón*, pues, a pesar de mi extrema pequeñez, me atrevo a mirar fijamente al Sol divino, al Sol del Amor, y mi corazón siente en sí todas las aspiraciones del águila... El pajarillo quisiera volar hacia ese Sol brillante que encandila sus ojos; quisiera imitar a sus hermanas las águilas, a las que ve elevarse hacia el foco divino de la Santísima Trinidad... Pero, ¡ay!, lo más que puede hacer es alzar sus alitas, ¡pero eso de volar no está en su modesto poder! ¿Qué será de él? ¿Morirá de pena al verse tan impotente...? No, no, el pajarillo ni siquiera se desconsolará. Con audaz abandono, quiere seguir con la mirada fija en su divino Sol. Nada podrá asustarlo, ni el viento ni la lluvia. Y si oscuras nubes llegaran a ocultarle el Astro del amor, el pajarito no cambiará de lugar: sabe que más allá de las nubes su Sol sigue brillando y que su resplandor no puede eclipsarse ni un instante. Es cierto que, a

veces, el corazón del pajarito se ve embestido por la tormenta, y no le parece que pueda existir otra cosa que las nubes que lo rodean. Esa es la hora de la alegría perfecta para ese pobre y débil ser. ¡Qué dicha para él seguir allí, a pesar de todo, mirando fijamente a la luz invisible que se oculta a su fe...!“. [Santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897), *Historia de un alma*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 1995, pp. 236-242].

7 – HÁGASE TU VOLUNTAD

(40) *“Hágase tu voluntad como en el cielo así en la tierra: para que te amemos de todo corazón pensando siempre en Ti, con toda el alma deseando siempre a Ti, con toda la mente enderezando a Ti todas nuestras intenciones y buscando en todas las cosas tu honor, y con todo nuestro empeño gastando todas las fuerzas y sentidos del alma y del cuerpo en obsequio de tu amor y no en otra cosa: y amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos, trayéndolos a todos a tu amor, gozándonos de los bienes ajenos como de bienes nuestros, y compadeciéndonos en sus males, y sin ofender nunca a nadie”*. [San Francisco de Asís, *San Francisco de Asís: sus escritos*, Edición preparada por J.R. de Legísima y L. Gómez Canedo, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1976, pp. 65-66].

(41) “Queridos amigos, antes de despedirnos, y a la vez que los jóvenes de España entregan a los de Brasil la cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud, como Sucesor de Pedro, confío a todos los aquí presentes este gran cometido: Llevad el conocimiento y el amor de Cristo por todo el mundo. Él quiere que seáis sus apóstoles en el siglo veintiuno y los mensajeros de su alegría. ¡No lo defraudéis! Muchas gracias.

Saludo en francés

Chers jeunes de langue française, le Christ vous demande aujourd’hui d’être enracinés en Lui et de bâtir avec Lui votre vie sur le roc qu’il est Lui-même. Il vous envoie pour être des témoins courageux et sans complexes, authentiques et crédibles ! N’ayez pas peur d’être catholiques, d’en témoigner toujours autour de vous avec simplicité et sincérité ! Que l’Église trouve en vous et en votre jeunesse les missionnaires joyeux de la Bonne Nouvelle!

[Queridos jóvenes de lengua francesa, Cristo os pide hoy que estéis arraigados en Él y construyáis con Él vuestra vida sobre la roca que es Él mismo. Él os envía para que seáis testigos valientes y sin complejos, auténticos y creíbles. No tengáis miedo de ser católicos, dando siempre testimonio de ello a vuestro alrededor, con sencillez y sinceridad. Que la Iglesia halle en vosotros y en vuestra juventud a los misioneros gozosos de la Buena Noticia].

Saludo en inglés

I greet all the English-speaking young people present here today! As you return home, take back with you the good news of Christ’s love which we have experienced in these unforgettable days. Fix your eyes upon him, deepen your knowledge of the Gospel and bring forth abundant fruit! God bless all of you until we meet again!

[Saludo a todos los jóvenes de lengua inglesa que están hoy aquí. Al regresar a vuestra casa, llevad con vosotros la Buena Noticia del amor de Cristo, que habéis experimentado en estos días inolvidables. Con

los ojos fijos en Él, profundizad en vuestro conocimiento del Evangelio y dad abundantes frutos. Dios os bendiga hasta que nos encontremos nuevamente].

Saludo en alemán

Meine lieben Freunde! Glaube ist keine Theorie. Glauben heißt, in eine persönliche Beziehung zu Jesus zu treten und die Freundschaft mit ihm in Gemeinschaft mit anderen, in der Gemeinschaft der Kirche zu leben. Vertraut Christus euer ganzes Leben an, und helfe euren Freunden, daß auch sie zur Quelle des Lebens, zu Gott gelangen. Der Herr mache euch zu frohen Zeugen seiner Liebe.

[Mis queridos amigos. La fe no es una teoría. Creer significa entrar en una relación personal con Jesús y vivir la amistad con Él en comunión con los demás, en la comunidad de la Iglesia. Confíad a Cristo toda vuestra vida, y ayudad a vuestros amigos a alcanzar la fuente de la vida: Dios. Que el Señor haga de vosotros testigos gozosos de su amor].

Saludo en italiano

Cari giovani di lingua italiana! Vi saluto tutti! L'Eucaristia che abbiamo celebrato è Cristo risorto presente e vivo in mezzo a noi: grazie a Lui, la vostra vita è radicata e fondata in Dio, salda nella fede. Con questa certezza, ripartite da Madrid e annunciate a tutti ciò che avete visto e udito. Rispondete con gioia alla chiamata del Signore, seguitelo e rimanete sempre uniti a Lui: porterete molto frutto!

[Queridos jóvenes de lengua italiana. Os saludo a todos. La Eucaristía que hemos celebrado es Cristo Resucitado, presente y vivo en medio de nosotros: Gracias a Él, vuestra vida está arraigada y fundada en Dios, firme en la fe. Con esta certeza, marchad de Madrid y anunciad a todos lo que habéis visto y oído. Responded con gozo a la llamada del Señor, seguidlo y permaneced siempre unidos a Él: daréis mucho fruto].

Saludo en portugués

Queridos jovens e amigos de língua portuguesa, encontrastes Jesus Cristo! Sentir-vos-eis em contracorrente no meio duma sociedade onde impera a cultura relativista que renuncia a buscar e a possuir a verdade. Mas foi para este momento da história, cheio de grandes desafios e oportunidades, que o Senhor vos mandou: para que, graças à vossa fé, continue a ressoar a Boa Nova de Cristo por toda a terra. Espero poder encontrar-vos daqui a dois anos, na próxima Jornada Mundial da Juventude, no Rio de Janeiro, Brasil. Até lá, rezemos uns pelos outros, dando testemunho da alegria que brota de viver enraizados e edificados em Cristo. Até breve, queridos jovens! Que Deus vos abençoe!

[Queridos jóvenes y amigos de lengua portuguesa, habéis encontrado a Jesucristo. Os sentiréis yendo contra corriente en medio de una sociedad donde impera la cultura relativista que renuncia a buscar y a poseer la verdad. Pero el Señor os ha enviado en este momento de la historia, lleno de grandes desafíos y oportunidades, para que, gracias a vuestra fe, siga resonando por toda la tierra la Buena Nueva de Cristo. Espero poder encontraros dentro de dos años en la próxima Jornada Mundial de la Juventud, en Río de Janeiro, Brasil. Hasta entonces, recemos unos por otros, dando testimonio de la alegría que brota de vivir enraizados y edificados en Cristo. Hasta pronto, queridos jóvenes. Que Dios os bendiga].

Saludo en polaco:

Drodzy młodzi Polacy, silni wiarą, zakorzenieni w Chrystusie! Niech owocują w was otrzymane w tych dniach od Boga talenty. Bądźcie Jego świadkami. Nieście innym orędzie Ewangelii. Waszą modlitwą i przykładem życia pomagajcie Europie odnaleźć jej chrześcijańskie korzenie.

[Queridos jóvenes polacos, firmes en la fe, arraigados en Cristo. Los talentos recibidos de Dios en estos días produzcan en vosotros abundantes frutos. Sed sus testigos. Llevad a los demás el mensaje del Evangelio. Con vuestra oración y con el ejemplo de la vida, ayudad a Europa a encontrar sus raíces cristianas]. [Benedicto XVI, *Ángelus en el Aeropuerto de Cuatro Vientos* (21 de agosto de 2011)].

8 – EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO (I)

(42) "Sin su aportación sería realmente difícil favorecer y mejorar la comprensión entre las naciones, dar alcance universal a los diálogos de paz, garantizar al hombre el bien primario de la información, asegurando a la vez la libre circulación del pensamiento, sobre todo en orden a los ideales de solidaridad y justicia social. Ciertamente, los medios de comunicación social en su conjunto no solamente son medios para la difusión de las ideas, sino que también pueden y deben ser instrumentos al servicio de un mundo más justo y solidario. Lamentablemente, existe el peligro de que se transformen en sistemas dedicados a someter al hombre a lógicas dictadas por los intereses dominantes del momento. Es el caso de una comunicación usada para fines ideológicos o para la venta de productos de consumo mediante una publicidad obsesiva. Con el pretexto de representar la realidad, se tiende de hecho a legitimar e imponer modelos distorsionados de vida personal, familiar o social. Además, para ampliar la audiencia, la llamada *audience*, a veces no se duda en recurrir a la transgresión, a la vulgaridad y a la violencia. Y, por último, puede suceder también que a través de los medios de comunicación social se propongan y apoyen modelos de desarrollo que, en vez de disminuir el abismo tecnológico entre los países pobres y los ricos, lo aumentan". [Benedicto XVI, *Mensaje para la Celebración de la XLII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales* (24 de enero de 2008)].

(43) "Así es justo que, mientras el segundo Milenio del cristianismo llega a su fin, la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos recordando todas las circunstancias en las que, a lo largo de la historia, se han alejado del espíritu de Cristo y de su Evangelio, ofreciendo al mundo, en vez del testimonio de una vida inspirada en los valores de la fe, el espectáculo de modos de pensar y actuar que eran verdaderas formas de *antitestimonio* y de *escándalo*. La Iglesia (...) no puede atravesar el umbral del nuevo milenio sin animar a sus hijos a purificarse, en el arrepentimiento, de errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes". [Juan Pablo II, Carta apostólica *Tertio millennio adveniente* (1994) n. 33].

(44) De las siete oraciones de la *Confesión de las culpas y petición de perdón* que el Santo Padre pronunció durante la celebración del 12 de marzo del 2000 en la Basílica Vaticana, se citan aquí, por razones de brevedad, solo las dos siguientes:

*"El Santo Padre: «Señor, Dios de todos los hombres,
en algunas épocas de la historia
los cristianos a veces
han transigido con métodos de intolerancia*

*y no han seguido el gran mandamiento del amor,
desfigurando así el rostro de la Iglesia, tu Esposa.
Ten misericordia de tus hijos pecadores
y acepta nuestro propósito
de buscar y promover la verdad en la dulzura de la caridad,
conscientes de que la verdad
sólo se impone con la fuerza de la verdad misma.
Por Cristo nuestro Señor»”.*

*“El Santo Padre: «Señor del mundo, Padre de todos los hombres,
por medio de tu Hijo nos has pedido amar a los enemigos,
hacer bien a los que nos odian
y orar por los que nos persiguen.
Muchas veces, sin embargo,
los cristianos han desmentido el Evangelio
y, cediendo a la lógica de la fuerza,
han violado los derechos de etnias y pueblos;
despreciando sus culturas y tradiciones religiosas:
muéstrate paciente y misericordioso con nosotros y perdónanos.
Por Cristo nuestro Señor»”.*

[Juan Pablo II, *Oración Universal con Confesión de las culpas y petición de perdón durante la Celebración de la Eucaristía del Domingo I de Cuaresma, Día del Perdón* (12 de marzo de 2000)Cfr.testo integrale http://www.vatican.va/news_services/liturgy/documents/ns_lit_doc_20000312_preyer-day-pardon_sp.html].

(45) “Culmen y centro de la existencia y de la misión de todo creyente y de cada comunidad cristiana es la Eucaristía, sacramento de salvación en el que Cristo se hace presente y ofrece como alimento espiritual su mismo Cuerpo y Sangre para la vida eterna. ¡Misterio realmente inefable! Alrededor de la Eucaristía nace y crece la Iglesia, la gran familia de los cristianos, en la que se entra con el Bautismo y en la que nos renovamos constantemente por al sacramento de la Reconciliación. Los bautizados, además, reciben mediante la Confirmación la fuerza del Espíritu Santo para vivir como auténticos amigos y testigos de Cristo, mientras que los sacramentos del Orden y del Matrimonio los hacen aptos para realizar sus tareas apostólicas en la Iglesia y en el mundo. La Unción de los enfermos, por último, nos hace experimentar el consuelo divino en la enfermedad y en el sufrimiento”. [Benedicto XVI, *Mensaje para la XXIV Jornada Mundial de la Juventud* (22 de febrero de 2009)].

(46) “Deseo detenerme brevemente en la necesidad de reconducir orden sagrado y matrimonio hacia la única fuente eucarística. Los dos estados de vida tienen, en efecto, en el amor de Cristo — que se da a sí mismo para la salvación de la humanidad—, la misma raíz; están llamados a una misión común: la de testimoniar y hacer presente este amor al servicio de la comunidad, para la edificación del Pueblo de Dios (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1534). (...) La familia es riqueza para los esposos, bien insustituible para los hijos, fundamento indispensable de la sociedad, comunidad vital para el camino de la Iglesia. (...)

El ministerio que nace del sacramento del matrimonio es importante para la vida de la Iglesia: la familia es lugar privilegiado de educación humana y cristiana, y permanece, por esta finalidad, como la mejor aliada del ministerio sacerdotal; ella es un don valioso para la edificación de la comunidad. La cercanía del sacerdote a la familia, a su vez, la ayuda a tomar conciencia de la propia realidad profunda y de la propia misión, favoreciendo el desarrollo de una fuerte sensibilidad eclesial. Ninguna vocación es una cuestión privada; tampoco aquella al matrimonio, porque su horizonte es la Iglesia entera. Se trata, por lo tanto, de saber integrar y armonizar, en la acción pastoral, el ministerio sacerdotal con «el auténtico Evangelio del matrimonio y de la familia» (*Directorio de pastoral familiar*, Conferencia episcopal italiana, 25 de julio de 1993, n. 8) para una comunión eficaz y fraterna. Y la Eucaristía es el centro y la fuente de esta unidad que anima toda la acción de la Iglesia.

Queridos sacerdotes, por el don que habéis recibido en la ordenación, estáis llamados a servir como pastores a la comunidad eclesial, que es «familia de familias», y, por lo tanto, a amar a cada uno con corazón paterno, con auténtico desprendimiento de vosotros mismos, con entrega plena, continua y fiel: vosotros sois signo vivo que remite a Jesucristo, el único Buen Pastor. Conformaos a él, a su estilo de vida, con ese servicio total y exclusivo del que el celibato es expresión. También el sacerdote tiene una dimensión sponsal; es identificarse con el corazón de Cristo Esposo que da la vida por la Iglesia, su esposa (cf. Exhort. ap. postsin. *Sacramentum caritatis*, 24). Cultivad una profunda familiaridad con la Palabra de Dios, luz en vuestro camino. Que la celebración cotidiana y fiel de la Eucaristía sea el lugar donde se obtenga la fuerza para donaros vosotros mismos cada día en el ministerio y vivir constantemente en la presencia de Dios: es él vuestra morada y vuestra herencia. De esto debéis ser testigos para la familia y para cada persona. (...) Amad a vuestros sacerdotes, expresadles aprecio por el generoso servicio que realizan. Sabed soportar también sus limitaciones, sin renuncia jamás a pedirles que sean entre vosotros ministros ejemplares que os hablan de Dios y que os conducen a Dios. Vuestra fraternidad es para ellos una ayuda espiritual valiosa y un apoyo en las pruebas de la vida.

Queridos sacerdotes y queridos esposos, que sepáis encontrar siempre en la santa misa la fuerza para vivir la pertenencia a Cristo y a su Iglesia, en el perdón, en el don de uno mismo y en la gratitud. Que vuestro hacer cotidiano tenga en la comunión sacramental su origen y su centro, a fin de que todo se realice para la gloria de Dios". [Benedicto XVI, *Discurso en el encuentro con las familias y con los sacerdotes en la Catedral de San Ciriaco para la Conclusión del XXV Congreso Eucarístico Nacional Italiano* (Ancona, 11 de septiembre de 2011)].

(47) "Hay pastores a quienes gusta oírse llamar por tal nombre, y no quieren cumplir con los deberes que comporta (...) Él nos ayudará a decir la verdad si no decimos cosas de nuestra propia cosecha. Si dijéramos de lo nuestro, seríamos pastores que nos apacentaríamos a nosotros a nosotros mismos, y no a las ovejas. Si, en cambio, son de él las cosas que digamos, es él quien nos alimenta, hable quien hable. (...) ¿Quiénes son los que se apacientan a sí mismos? Aquellos de quienes dice el Apóstol: «Todos buscan sus intereses, no los de Jesucristo» (Fil 2, 21). (...) Son muchos los que, siendo cristianos, sin ser superiores, llegan hasta Dios, quizá caminando por un camino más fácil y de forma más rápida, en cuanto que llevan una carga menor. Nosotros, por el contrario, dejando de lado el hecho de ser cristianos, y según ello, hemos de dar cuenta a Dios de nuestra vida; somos también superiores, y según esto debemos dar cuenta a Dios de nuestro servicio". [San Agustín (354-430), *Sermón sobre los pastores* n. 46, 1-2 en *Obras de San Agustín*, VII, *Sermones* (1º), BAC, Madrid 1981⁴, pp. 614-615].

(48) "Pues, quien por las obras buenas que hace desea ardientemente que la Iglesia le ame a él en lugar de a su Redentor, es enemigo de éste. Ya que, el joven por medio del cual el esposo transmite regalos es reo de pensamientos adúlteros si con esos regalos busca agradar a la esposa. Cuando el amor propio se apodera de la mente del pastor, unas veces le conduce a la blandura y otras a la aspereza. (...) Por eso, se dice muy bien por el profeta: *¡Ay de aquellos que cosen almohadillas para ponerlas debajo de todo codo, y hacen almohadillas para ponerlas debajo de las cabezas de toda edad para atrapar a las almas!* (Ez 13, 18). Poner almohadillas bajo todo codo es, ciertamente, adobar con persuasivas adulaciones las almas que decaen de su rectitud y se inclinan al placer de este mundo. Pues cuando se suprime la aspereza de la corrección y se ofrece la blandura del halago al pecador, al cual para que permanezca en el error ninguna aspereza de contradicción le acusa, es como si se pusiera al abrigo el codo y la cabeza de uno que yace con almohadilla y almohada. Claro, que los pastores que se aman a sí mismos sólo tienen tal actitud con aquellos que piensan pueden dañar su deseo de gloria temporal. Sin embargo, se fijan en aquellos que nada les pueden hacer, los oprimen con la aspereza de una rígida mordacidad, nunca los amonestan con clemencia, sino que, olvidando toda mansedumbre, los aterran con su derecho de dominación. La palabra divina increpa rectamente a e por estos pastores por el profeta, diciendo: *Vosotros, sin embargo, los habéis dominado con violencia y dureza* (Ez 34, 4). Los que se aman más a sí que a su Creador se erigen jactanciosamente sobre sus fieles, atendiendo no a lo que debieran sino a lo que es para su provecho. No temen nada del juicio que ha de venir, y se glorían malvadamente de su poder temporal. Les gusta hacer libertinamente lo ilícito y que ninguno de los fieles le contradiga. Ahora bien, al afanarse en hacer el mal y querer que ante esto callen los demás, él mismo se convierte en testigo contra sí, porque al no querer que defiendan la Verdad contra sí, está deseando que le amen más a él que a Ella (...). Sin embargo, quien desea que se ame más intensamente a la Verdad que a él no quiere que en favor suyo haya quien escatime algo a la Verdad. Por eso, Pedro recibió de buena gana la increpación de Pablo (cfr. gal 2, 11 y ss.), y David escuchó humildemente la corrección de su súbdito (cfr. 2 Sam 11,7 y ss.). Y es que los buenos pastores, al no tener amor propio, consideran como un obsequio de humildad la palabra franca de pureza de sus fieles. Junto a esto, es necesario que se gobierne con tanto arte que los fieles, movidos por rectos sentimientos, puedan acudir al pastor con libertad de palabra. Libertad que no se debe convertir en soberbia; (...) Es necesario saber también que los buenos pastores, sin buscar agradar a los hombres, deben atraer a los prójimos al amor a la Verdad gracias a la dulzura de su trato. No para desear ser amados por ellos, sino para hacer de ese amor como un camino por el cual los corazones de sus oyentes se introduzcan en el amor al Creador. Y es que, es ciertamente difícil que se escuche de buena gana al predicador que no se ama, aunque enseñe cosas sublimes. Por consiguiente, el pastor debe procurar que sus fieles le amen lo suficiente para que le escuchen, no buscando, sin embargo, su amor por sí mismo. [San Gregorio Magno (540-604), *La Regla Pastoral*, II, 8, Editorial Ciudad Nueva, Madrid 1993, pp. 222-224].

(49) "¿Acaso nuestro mundo contemporáneo no crea sus propios ídolos? ¿No imita, quizás sin saberlo, a los paganos de la antigüedad, desviando al hombre de su verdadero fin de vivir por siempre con Dios? (...) Es la tentación de idolatrar un pasado que ya no existe, olvidando sus carencias, o un futuro que aún no existe, creyendo que el ser humano hará llegar con sus propias fuerzas el reino de la felicidad eterna sobre la tierra. San Pablo dice a los Colosenses que la codicia insaciable es una idolatría (cf. 3,5) y recuerda a su discípulo Timoteo que el amor al dinero es la raíz de todos los males. Por entregarse a ella, precisa, muchos, arrastrados por la codicia "se han apartado de la fe y se han acarreado muchos sufrimientos" (1 Tm 6, 10). El dinero, el afán de tener, de poder e incluso de saber, ¿acaso no desvían al hombre de su verdadero fin, de su

auténtica verdad? Dios, del que el Apóstol es un testigo autorizado, nunca pide al hombre que sacrifique su razón. La razón nunca está en contradicción real con la fe. El único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ha creado la razón y nos da la fe, proponiendo a nuestra libertad que la reciba como un don precioso. Lo que desencamina al hombre de esta perspectiva es el culto a los ídolos, y la razón misma puede fabricar ídolos. Pidamos a Dios, pues, que nos ve y nos escucha, que nos ayude a purificarnos de todos nuestros ídolos para acceder a la verdad de nuestro ser, para acceder a la verdad de su ser infinito". [Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa en la Explanada de los Inválidos en París* (13 de septiembre de 2008)].

(50) "Ante el abuso del poder económico, de las crueldades del capitalismo, que degrada al hombre a la categoría de mercancía, hemos comenzado a comprender mejor el peligro que supone la riqueza y entendemos de manera nueva lo que Jesús quería decir al prevenirnos ante ella, ante el dios Mammón que destruye al hombre, estrangulando despiadadamente con sus manos una gran parte del mundo". [Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, cap. 4, La Esfera de los Libros, Madrid 2007, pp. 127-128].

(51) "Al publicar en 1967 la Encíclica *Populorum progressio*, mi venerado predecesor Pablo VI ha iluminado el gran tema del desarrollo de los pueblos con el esplendor de la verdad y la luz suave de la caridad de Cristo. Ha afirmado que el anuncio de Cristo es el primero y principal factor de desarrollo y nos ha dejado la consigna de caminar por la vía del desarrollo con todo nuestro corazón y con toda nuestra inteligencia, es decir, con el ardor de la caridad y la sabiduría de la verdad. La verdad originaria del amor de Dios, que se nos ha dado gratuitamente, es lo que abre nuestra vida al don y hace posible esperar en un «desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres»". [Benedicto XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate* (2009) n. 8].

(52) "Cuando, bajo el influjo del Paráclito, los hombres descubren esta dimensión divina de su ser y de su vida, ya sea como personas ya sea como comunidad, son capaces de liberarse de los diversos determinismos derivados principalmente de las bases materialistas del pensamiento, de la praxis y de su respectiva metodología. En nuestra época estos factores han logrado penetrar hasta lo más íntimo del hombre, en el santuario de la conciencia, donde el Espíritu Santo infunde constantemente la luz y la fuerza de la vida nueva según la «libertad de los hijos de Dios». La madurez del hombre en esta vida está impedida por los condicionamientos y las presiones que ejercen sobre él las estructuras y los mecanismos dominantes en los diversos sectores de la sociedad. Se puede decir que en muchos casos los factores sociales, en vez de favorecer el desarrollo y la expansión del espíritu humano, terminan por arrancarlo de la verdad genuina de su ser y de su vida, —sobre la que vela el Espíritu Santo— para someterlo así al «príncipe de este mundo»". [Juan Pablo II, Carta encíclica *Dominum et vivificantem* (1986) n. 60].

9 – EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO (II)

(53) "La Palabra revelada, la humanidad de Cristo y su Iglesia son las tres expresiones máximas de su manifestación y entrega a los hombres. «Mire cada cual cómo construye. Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, que es Jesucristo» (1 Co 3,10-11), (...) El Señor Jesús es la piedra que soporta el peso del mundo, que mantiene la cohesión de la Iglesia y que recoge en unidad final todas las conquistas de la humanidad. En Él tenemos la Palabra y la presencia de

Dios, y de Él recibe la Iglesia su vida, su doctrina y su misión. La Iglesia no tiene consistencia por sí misma; está llamada a ser signo e instrumento de Cristo, en pura docilidad a su autoridad y en total servicio a su mandato. El único Cristo funda la única Iglesia; Él es la roca sobre la que se cimenta nuestra fe. Apoyados en esa fe, busquemos juntos mostrar al mundo el rostro de Dios, que es amor y el único que puede responder al anhelo de plenitud del hombre. Ésa es la gran tarea, mostrar a todos que Dios es Dios de paz y no de violencia, de libertad y no de coacción, de concordia y no de discordia". [Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa con consagración de la Iglesia de la Sagrada Familia y del Altar* (7 de noviembre de 2010)].

(54) "La Iglesia realiza su misión por la evangelización que trasmite la fe en Cristo y por la búsqueda de la justicia y la paz que realizan la transformación del mundo. Precisamente, la eucaristía es la fuente y cumbre de la evangelización y de la transformación del mundo. Tiene el poder de despertar la esperanza de la vida eterna para aquellos que son tentados por la desesperación. Abre al compartir a aquellos tentados de cerrar sus manos. Coloca enfrente la reconciliación en lugar de la división. En una sociedad que frecuentemente esta dominada por una "cultura de la muerte", exacerbada por la búsqueda del confort individual, del poder y del dinero, la eucaristía recuerda el derecho de los pobres y el deber de justicia y solidaridad. Despierta la comunidad al don inmenso de la nueva alianza que llama a la humanidad entera a transformarse en algo más grande que ella misma" [Comité Pontificio para los Congresos Eucarísticos Internacionales, *La Eucaristía don de Dios para la vida del Mundo. Documento teológico de base para el 49 Congreso Eucarístico Internacional de Québec* (2008) n. 5-A].

(55) "¿El desarrollo contemporáneo y el progreso de que estamos participando, son fruto de la alianza con la sabiduría? (...) ¿Cómo es posible que, desde hace algún tiempo, el hombre haya encontrado en todo este gigantesco progreso una fuente de amenaza para sí mismo? ¿De qué modo y por qué camino hemos llegado al punto de que, en el corazón mismo de la ciencia y de la técnica modernas, haya aparecido la posibilidad de la gigantesca autodestrucción del hombre, hasta el punto de que la vida diaria nos ofrezca tantas pruebas del empleo, en contra del hombre, de lo que debía ser para el hombre y servirlo? ¿Cómo se ha llegado hasta esto? ¿Acaso el hombre, en camino hacia el progreso, no ha tomado un solo camino, el más fácil, y no ha tenido en cuenta la alianza con la sabiduría eterna? ¿Acaso no ha tomado el camino "ancho", descuidando el camino "estrecho" (cf. Mt 7)?" [Juan Pablo II, *Homilía en la Santa Misa en el aeropuerto de Le Bourget. Visita Pastoral a París y Lisieux* (1 de junio de 1980)].

(56) "La relación íntima con Dios por el Espíritu Santo hace que el hombre se comprenda, de un modo nuevo, también a sí mismo y a su propia humanidad. De esta manera, se realiza plenamente aquella imagen y semejanza de Dios que es el hombre desde el principio. Esta verdad íntima sobre el ser humano ha de ser descubierta constantemente a la luz de Cristo que es el prototipo de la relación con Dios y, en él, debe ser descubierta también la razón de «la entrega sincera de sí mismo a los demás»" [Juan Pablo II, Carta encíclica *Dominum et vivificantem*, (1986) n. 59].

(57) "Algunos miran a la Iglesia, quedándose en su apariencia exterior. De este modo, la Iglesia aparece únicamente como una organización más en una sociedad democrática, a tenor de cuyas normas y leyes se juzga y se trata una figura tan difícil de comprender como es la «Iglesia». Si a esto se añade también la experiencia dolorosa de que en la Iglesia hay peces buenos y malos, trigo y cizaña, y si la mirada se fija sólo en las cosas negativas, entonces ya no se revela el misterio grande y bello de la Iglesia. Por tanto, ya no brota alegría alguna por el hecho de pertenecer a

esta vid que es la «Iglesia». La insatisfacción y el desencanto se difunden si no se realizan las propias ideas superficiales y erróneas acerca de la «Iglesia» y los «ideales sobre la Iglesia» que cada uno tiene”. (...) La Iglesia es el don más bello de Dios. Por eso san Agustín podía decir: «Cada uno posee el Espíritu Santo en la medida en que uno ama a la Iglesia» (In Ioan. Ev. Tract. 32, 8 [PL 35, 1646]). Con la Iglesia y en la Iglesia podemos anunciar a todos los hombres que Cristo es la fuente de la vida, que Él está presente, que Él es la gran realidad que buscamos y anhelamos. Él se entrega a sí mismo y así nos da a Dios, la felicidad, el amor. Quien cree en Cristo, tiene futuro. Porque Dios no quiere lo que es árido, muerto, artificial, lo que al final es desechado, sino que quiere lo que es fecundo y vivo, la vida en abundancia, y Él nos da la vida en abundancia”. [Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa en el Estadio Olímpico de Berlín* (22 de septiembre de 2011)].

(58) “Anunciar el Evangelio es propio del Obispo, quien, como San Pablo, puede decir también: «El hecho de predicar no es para mí motivo de soberbia. No tengo más remedio, y ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Co 9,16). Los fieles necesitan la palabra de su Obispo, que es el catequista por excelencia, para confirmar y purificar su fe. (...) La misión del Obispo le lleva a ser el principal defensor de los derechos de los pobres, a favorecer y promover el ejercicio de la caridad, que es una manifestación del amor del Señor por los pequeños. De esta manera, se ayuda a los fieles a comprender concretamente que la Iglesia es una verdadera familia de Dios, reunida en amor fraterno, lo cual excluye todo tipo de etnocentrismo y particularismo excesivo, y contribuye a la reconciliación y la colaboración entre los grupos étnicos para el bien de todos”. [Benedicto XVI, *Discurso en el encuentro con los obispos de Camerún en la iglesia Christ-Roi de Tsinga, Yaundé* (18 de marzo de 2009)].

(59) “La actitud *misionera* comienza siempre con un sentimiento de profunda estima frente a lo que «en el hombre había», por lo que él mismo, en lo íntimo de su espíritu, ha elaborado respecto a los problemas más profundos e importantes; se trata de respeto por todo lo que en él ha obrado el Espíritu, que «sopla donde quiere». La misión no es nunca una destrucción, sino una purificación y una nueva construcción por más que en la práctica no siempre haya habido una plena correspondencia con un ideal tan elevado. La conversión que de ella ha de tomar comienzo, sabemos bien que es obra de la gracia, en la que el hombre debe hallarse plenamente a sí mismo. (...) Este hombre es el camino de la Iglesia, camino que conduce en cierto modo al origen de todos aquellos caminos por los que debe caminar la Iglesia, porque el hombre —todo hombre sin excepción alguna— ha sido redimido por Cristo, porque con el hombre —cada hombre sin excepción alguna— se ha unido Cristo de algún modo, incluso cuando ese hombre no es consciente de ello”. [Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptor hominis* (1979) nn. 12-14].

(60) “Anunciar a Jesucristo, único Salvador del mundo, «constituye la misión esencial de la Iglesia; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes» (Ex. ap. *Evangelii nuntiandi*, 14). Más aún, hoy notamos la urgencia de promover, con nueva fuerza y modalidades renovadas, la obra de evangelización en un mundo en el que la desaparición de las fronteras y los nuevos procesos de globalización acercan aún más las personas y los pueblos, tanto por el desarrollo de los medios de comunicación como por la frecuencia y la facilidad con que se llevan a cabo los desplazamientos de individuos y de grupos. (...) El momento actual llama a la Iglesia a emprender una *nueva evangelización* también en el vasto y complejo fenómeno de la movilidad humana, intensificando la acción misionera, tanto en las regiones de primer anuncio como en los países de tradición cristiana. (...) Como escribí en el Mensaje del año pasado para esta Jornada mundial, las consecuencias actuales y evidentes de la

secularización, la aparición de nuevos movimientos sectarios, una insensibilidad generalizada con respecto a la fe cristiana y una marcada tendencia a la fragmentación hacen difícil encontrar una referencia unificadora que estimule la formación de «una sola familia de hermanos y hermanas en sociedades que son cada vez más multiétnicas e interculturales, donde también las personas de diversas religiones se ven impulsadas al diálogo, para que se pueda encontrar una convivencia serena y provechosa en el respeto de las legítimas diferencias». (...) Aquí la Iglesia afronta el desafío de ayudar a los inmigrantes a mantener firme su fe, aun cuando falte el apoyo cultural que existía en el país de origen, buscando también nuevas estrategias pastorales, así como métodos y lenguajes para una acogida siempre viva de la Palabra de Dios. (...) El actual fenómeno migratorio es también una oportunidad providencial para el anuncio del Evangelio en el mundo contemporáneo. Hombres y mujeres provenientes de diversas regiones de la tierra, que aún no han encontrado a Jesucristo o lo conocen solamente de modo parcial, piden ser acogidos en países de antigua tradición cristiana. Es necesario encontrar modalidades adecuadas para ellos, a fin de que puedan encontrar y conocer a Jesucristo y experimentar el don inestimable de la salvación, fuente de «vida abundante» para todos (cf. Jn 10,10). (...) Los refugiados que piden asilo, tras escapar de persecuciones, violencias y situaciones que ponen en peligro su propia vida, tienen necesidad de nuestra comprensión y acogida, del respeto de su dignidad humana y de sus derechos, así como del conocimiento de sus deberes”. [Benedicto XVI, *Mensaje para la 98ª Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado* (21 de septiembre de 2011)].

(61) “La genuina creencia religiosa nos sitúa más allá de la utilidad presente, hacia la trascendencia. Nos recuerda la posibilidad y el imperativo de la conversión moral, el deber de vivir en paz con nuestro prójimo y la importancia de llevar una vida íntegra. Entendida de forma adecuada, nos ilumina, purifica nuestros corazones e inspira acciones nobles y generosas, en beneficio de toda la familia humana. Nos mueve a la práctica de la virtud y nos lleva al amor de los unos para con los otros, con el mayor respeto a las tradiciones religiosas distintas de las nuestras. Desde el Concilio Vaticano II, la Iglesia Católica ha dado especial relieve a la importancia del diálogo y la colaboración con los miembros de otras religiones. Y para que sea fecundo, es necesario que haya reciprocidad en cuantos dialogan y en los seguidores de otras religiones. En concreto, pienso en la situación de algunas partes del mundo donde la colaboración y el diálogo interreligioso necesita del respeto recíproco, la libertad para poder practicar la propia religión y participar en actos públicos de culto, así como la libertad de seguir la propia conciencia sin sufrir ostracismo o persecución, incluso después de la conversión de una religión a otra”. [Benedicto XVI, *Discurso en el Encuentro con los Representantes del Clero y los Fieles de otras religiones en el Waldegrave Drawing Room del St Mary's University College de Twickenham en Londres* (17 de septiembre de 2010)].

(62) “En nuestra sociedad cada vez más secularizada, en la que incluso los cristianos a menudo encontramos difícil hablar de la dimensión trascendente de nuestra existencia, tenemos que encontrar nuevos modos de transmitir a los jóvenes la belleza y la riqueza de la amistad con Jesucristo en la comunión de su Iglesia. (...) hace falta una nueva visión que inspire a la generación actual y a las futuras a atesorar el don de nuestra fe común. Siguiendo el camino indicado por el Evangelio, observando los mandamientos y conformando vuestra vida cada vez más a la persona de Jesucristo, experimentaréis seguramente la renovación profunda que necesita con urgencia nuestra época. Os invito a todos a perseverar en este camino”. [Benedetto XVI, *Carta Pastoral a los Católicos de Irlanda* n. 12 (19 de marzo de 2010)].

(63) "Tengo la certeza de que un redescubrimiento de Jesucristo, Verbo encarnado, nuestro Salvador, llevará a un redescubrimiento de la identidad personal, social y cultural de los fieles. Una identidad católica reforzada, lejos de confundir la diversidad y la complementariedad de los carismas y de las funciones de los ministros ordenados y de los fieles laicos, reavivará el celo por la evangelización, que es propio de la vocación de todo creyente y de la naturaleza de la Iglesia (cfr. Instrucción *El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial*, 23-24)". [Benedicto XVI, *Discurso a los Obispos de la Conferencia Episcopal del Canadá, provincias atlánticas, en visita "ad limina Apostolorum"* (20 de mayo de 2006)].

(64) "Del mismo modo es importante la relación entre fe y arte, porque la verdad, fin y meta de la razón, se expresa en la belleza y se realiza en la belleza, se prueba como verdad. Por tanto, donde está la verdad debe nacer la belleza; donde el ser humano se realiza de modo correcto, bueno, se expresa en la belleza. La relación entre verdad y belleza es inseparable y por eso tenemos necesidad de la belleza. (...) De este modo, la Iglesia ha sido madre de las artes a lo largo de siglos y siglos. El gran tesoro del arte occidental —música, arquitectura, pintura— nació de la fe en el seno de la Iglesia. Actualmente hay cierto «disenso», pero esto daña tanto al arte como a la fe: el arte que perdiera la raíz de la trascendencia ya no se dirigiría hacia Dios, sería un arte a medias, perdería su raíz viva; (...) debemos hacer todo lo posible para que también hoy la fe se exprese en arte auténtico". [Benedicto XVI, *Entrevista concedida a los periodistas durante el vuelo hacia España* (6 de noviembre de 2010)]

(65) "Nueva evangelización: (...) «nueva» en la búsqueda de modalidades que correspondan a la fuerza del Espíritu Santo y sean adecuadas a los tiempos y a las situaciones; (...) en el mundo la Iglesia es una inmensa fuerza renovadora, ciertamente no por sus fuerzas, sino por la fuerza del Evangelio, en el que sopla el Espíritu Santo de Dios, el Dios creador y redentor del mundo. (...) También el hombre del tercer milenio desea una vida auténtica y plena, tiene necesidad de verdad, de libertad profunda, de amor gratuito. También en los desiertos del mundo secularizado, el alma del hombre tiene sed de Dios, del Dios vivo. Por eso Juan Pablo II escribió: (...) «Una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio» (*Redemptoris missio*, 1)". [Benedicto XVI, *Homilía en las Primeras Vísperas de la solemnidad de San Pedro y San Pablo en la Basílica de San Pablo Extramuros* (28 de junio de 2010)].

10 – DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA

(66) "El trabajo es el fundamento sobre el que se forma la *vida familiar*, la cual es un derecho natural y una vocación del hombre. (...) Evidentemente aquí entran en juego, en un cierto sentido, dos significados del trabajo: el que consiente la vida y manutención de la familia, y aquel por el cual se realizan los fines de la familia misma, especialmente la educación. No obstante, estos dos significados del trabajo están unidos entre sí y se complementan en varios puntos. (...) En efecto, la familia es, al mismo tiempo, una *comunidad hecha posible gracias al trabajo* y la primera *escuela interior de trabajo* para todo hombre. (...) Todo esto hace que el hombre concilie su más profunda identidad humana con la pertenencia a la nación y entienda también su trabajo como incremento

del bien común elaborado juntamente con sus compatriotas, dándose así cuenta de que por este camino el trabajo sirve para multiplicar el patrimonio de toda la familia humana, de todos los hombres que viven en el mundo”. [Juan Pablo II, Carta encíclica *Laborem exercens*, (1981) n. 10].

(67) “A este respecto, es bueno recordar que la globalización ha de entenderse ciertamente como un proceso socioeconómico, pero no es ésta su única dimensión. Tras este proceso más visible hay realmente una humanidad cada vez más interrelacionada. (...) La verdad de la globalización como proceso y su criterio ético fundamental vienen dados por la unidad de la familia humana y su crecimiento en el bien. Por tanto, hay que esforzarse incesantemente para *favorecer una orientación cultural personalista y comunitaria, abierta a la trascendencia, del proceso de integración planetaria*. A pesar de algunos aspectos estructurales innegables, pero que no se deben absolutizar, «la globalización no es, a priori, ni buena ni mala. Será lo que la gente haga de ella». Debemos ser sus protagonistas, no las víctimas, procediendo razonablemente, guiados por la caridad y la verdad. [Benedicto XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate* (2009) n. 42].

(68) “Queridos jóvenes, escuchad de verdad las palabras del Señor para que sean en vosotros «espíritu y vida» (Jn 6,63), raíces que alimentan vuestro ser, pautas de conducta que nos asemejen a la persona de Cristo, siendo pobres de espíritu, hambrientos de justicia, misericordiosos, limpios de corazón, amantes de la paz. Hacedlo cada día con frecuencia, como se hace con el único Amigo que no defrauda y con el que queremos compartir el camino de la vida. Bien sabéis que, cuando no se camina al lado de Cristo, que nos guía, nos dispersamos por otras sendas, como la de nuestros propios impulsos ciegos y egoístas, la de propuestas halagadoras pero interesadas, engañosas y volubles, que dejan el vacío y la frustración tras de sí. (...) Al edificar sobre la roca firme, no solamente vuestra vida será sólida y estable, sino que contribuirá a proyectar la luz de Cristo sobre vuestros coetáneos y sobre toda la humanidad, mostrando una alternativa válida a tantos como se han venido abajo en la vida, porque los fundamentos de su existencia eran inconsistentes. A tantos que se contentan con seguir las corrientes de moda, se cobijan en el interés inmediato, olvidando la justicia verdadera, o se refugian en pareceres propios en vez de buscar la verdad sin adjetivos. Sí, hay muchos que, creyéndose dioses, piensan no tener necesidad de más raíces ni cimientos que ellos mismos. Desearían decidir por sí solos lo que es verdad o no, lo que es bueno o malo, lo justo o lo injusto; decidir quién es digno de vivir o puede ser sacrificado en aras de otras preferencias; dar en cada instante un paso al azar, sin rumbo fijo, dejándose llevar por el impulso de cada momento. Estas tentaciones siempre están al acecho”. [Benedicto XVI, *Discurso en la Fiesta de Acogida de los jóvenes en la XXVI Jornada Mundial de la Juventud* (18 de agosto de 2011)].

11 – PERDONA NUESTRAS OFENSAS

(69) “La dimensión divina de la redención no se actúa solamente haciendo justicia del pecado, sino restituyendo al amor su fuerza creadora en el interior del hombre, gracias a la cual él tiene acceso de nuevo a la plenitud de vida y de santidad, que viene de Dios. De este modo la redención comporta la revelación de la misericordia en su plenitud. El misterio pascual es el culmen de esta revelación y actuación de la misericordia, que es capaz de justificar al hombre, de restablecer la justicia en el sentido del orden salvífico querido por Dios desde el principio para el

hombre y, mediante el hombre, en el mundo". [Juan Pablo II, Carta encíclica *Dives in misericordia*, (1980) n. 7].

(70) "En tal situación el ofuscamiento o debilitamiento del sentido del pecado deriva ya sea del rechazo de toda referencia a lo trascendente en nombre de la aspiración a la autonomía personal, ya sea del someterse a modelos éticos impuestos por el consenso y la costumbre general, aunque estén condenados por la conciencia individual, ya sea de las dramáticas condiciones socio-económicas que oprimen a gran parte de la humanidad, creando la tendencia a ver errores y culpas sólo en el ámbito de lo social; ya sea, finalmente y sobre todo, del oscurecimiento de la idea de la paternidad de Dios y de su dominio sobre la vida del hombre. Incluso en el terreno del pensamiento y de la vida eclesial algunas tendencias favorecen inevitablemente la decadencia del sentido del pecado. Algunos, por ejemplo, tienden a sustituir actitudes exageradas del pasado con otras exageraciones; pasan de ver pecado en todo, a no verlo en ninguna parte; de acentuar demasiado el temor de las penas eternas, a predicar un amor de Dios que excluiría toda pena merecida por el pecado; de la severidad en el esfuerzo por corregir las conciencias erróneas, a un supuesto respeto de la conciencia, que suprime el deber de decir la verdad. Y ¿por qué no añadir que la *confusión*, creada en la conciencia de numerosos fieles por la divergencia de opiniones y enseñanzas en la teología, en la predicación, en la catequesis, en la dirección espiritual, *sobre cuestiones graves y delicadas de la moral cristiana*, termina por hacer disminuir, hasta casi borrarlo, el verdadero sentido del pecado? [Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Reconciliatio et paenitentia* (1984) n. 18].

(71) "El Papa Juan Pablo II, en la línea de lo que el Papa Pablo VI dijo en la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, llamó de muchas maneras la atención de los fieles sobre la necesidad de un nuevo tiempo misionero para todo el Pueblo de Dios. Al alba del tercer milenio, no sólo hay todavía muchos pueblos que no han conocido la Buena Nueva, sino también muchos cristianos necesitados de que se les vuelva a anunciar persuasivamente la Palabra de Dios, de manera que puedan experimentar concretamente la fuerza del Evangelio. Tantos hermanos están «bautizados, pero no suficientemente evangelizados». Con frecuencia, naciones un tiempo ricas en fe y vocaciones van perdiendo su propia identidad, bajo la influencia de una cultura secularizada. La exigencia de una nueva evangelización, tan fuertemente sentida por mi venerado Predecesor, ha de ser confirmada sin temor, con la certeza de la eficacia de la Palabra divina. La Iglesia, segura de la fidelidad de su Señor, no se cansa de anunciar la Buena Nueva del Evangelio e invita a todos los cristianos a redescubrir el atractivo del seguimiento de Cristo" [Benedicto XVI, Exhortación apostólica *Verbum Domini* (2010) n. 96].

(72) "Como administrador del *sacramento de la Reconciliación*, el sacerdote cumple el mandato de Cristo a los Apóstoles después de su resurrección: « Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedarán perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 22-23). ¡El sacerdote es testigo e instrumento de la misericordia divina! ¡Qué importante es en su vida el servicio en el confesionario! Precisamente en el confesionario se realiza del modo más pleno *su paternidad espiritual*. En el confesionario cada sacerdote se convierte en testigo de los grandes prodigios que la misericordia divina obra en el alma que acepta la gracia de la conversión. Es necesario, no obstante, que todo sacerdote al servicio de los hermanos en el confesionario tenga él mismo la experiencia de esta misericordia de Dios a través de la propia confesión periódica y de la dirección espiritual. Administrador de los misterios divinos, el sacerdote es un especial testigo del Invisible en el mundo. En efecto, es administrador de bienes

invisible e inconmensurables que pertenecen al orden espiritual y sobrenatural. [Juan Pablo II, *Don y misterio*, disponible en:

< http://www.vatican.va/archive/books/gift_mystery/index_sp.htm > (fecha de consulta: 7/07/2014)].

(73) "Por eso, el Esposo, que es uno con el Padre y uno con la esposa, hizo desaparecer de su esposa todo lo que halló en ella de impropio, lo clavó en la cruz y en ella expió todos los pecados de la esposa. Todo lo borró por el madero. Tomó sobre sí lo que era propio de la naturaleza de la esposa y se revistió de ello; a su vez, le otorgó lo que era propio de la naturaleza divina. En efecto, hizo desaparecer lo que era diabólico, tomó sobre sí lo que era humano y comunicó lo divino. (...) Nada podría perdonar la Iglesia sin Cristo: nada quiere perdonar Cristo sin la Iglesia. Nada puede perdonar la Iglesia; sino al que se arrepiente, o sea, al que ha sido tocado por Cristo. Nada quiere mantener perdonado Cristo al que desprecia a la Iglesia «Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre. Es éste un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia» (Mt 19, 6; Ef 5, 32). No quites la cabeza al cuerpo. Así no podría estar el Cristo total en ninguna parte. En ningún sitio está entero Cristo sin su Iglesia. En ningún sitio está entera la Iglesia sin Cristo". [Isaac de Stella (1100 ca.-1169), Sermón 11, en PL. 194, 1728-1729; traducción tomada del texto de la *Liturgia de las Horas* según la Edición Típica aprobada por la Conferencia Episcopal Española, Viernes de la Semana XXIII del Tiempo Ordinario, Oficio de Lectura, Segunda Lectura].

(74) "Pedro llama a Jesús el «supremo Pastor» (1 Pe 5, 4), porque su obra y misión continúan en la Iglesia a través de los apóstoles (cf. Jn 21, 15-17) y sus sucesores (cf. 1 Pe 5, 1ss), y a través de los presbíteros. En virtud de su consagración, los presbíteros están configurados con Jesús, buen Pastor, y llamados a imitar y revivir su misma caridad pastoral. (...).

Jesús es el verdadero esposo, que ofrece el vino de la salvación a la Iglesia. Él, que es «Cabeza de la Iglesia, el salvador del Cuerpo», «amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela a sí mismo resplandeciente; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada». La Iglesia es, desde luego, el cuerpo en el que está presente y operante Cristo Cabeza, pero es también la Esposa que nace, como nueva Eva, del costado abierto del Redentor en la cruz; por esto Cristo está «al frente» de la Iglesia, «la alimenta y la cuida» mediante la entrega de su vida por ella. El sacerdote está llamado a ser imagen viva de Jesucristo Esposo de la Iglesia. Ciertamente es siempre parte de la comunidad a la que pertenece como creyente, junto con los otros hermanos y hermanas convocados por el Espíritu, pero en virtud de su configuración con Cristo, Cabeza y Pastor, se encuentra en esta situación sponsal ante la comunidad. «En cuanto representa a Cristo, Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, el sacerdote está no sólo en la Iglesia, sino también al frente de la Iglesia». Por tanto, está llamado a revivir en su vida espiritual el amor de Cristo Esposo con la Iglesia esposa. Su vida debe estar iluminada y orientada también por este rasgo sponsal, que le pide ser testigo del amor de Cristo como Esposo y, por eso, ser capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia de sí mismo, con entrega total, continua y fiel, y a la vez con una especie de «celo» divino, con una ternura que incluso asume matices del cariño materno, capaz de hacerse cargo de los «dolores de parto» hasta que «Cristo no sea formado» en los fieles". [Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* (1992) n. 22].

(75) "Dios no deja de llamar a hombres y mujeres a su servicio: de esto debemos estar agradecidos al Señor, intensificando la oración para que siga enviando obreros a su mies (cfr. Mt

9, 37). Los obispos tienen la tarea primordial de promover la pastoral vocacional y la formación humana, espiritual e intelectual de los candidatos al sacerdocio en los seminarios y en los demás centros de formación (cfr. *Optatam totius*, 2.4), garantizándoles la posibilidad de adquirir una profunda espiritualidad y una rigurosa preparación filosófico-teológica y pastoral, también mediante la elección atenta de los educadores y de los docentes". [Benedicto XVI, *Discurso a los Obispos de la Conferencia Episcopal de Rumanía en visita "ad limina Apostolorum"* (12 de febrero de 2010)].

(76) "Todos los sacerdotes deben dedicarse con generosidad, empeño y competencia a la administración del sacramento de la Reconciliación. A este propósito, se debe procurar que los confesionarios de nuestras iglesias estén bien visibles y sean expresión del significado de este Sacramento. Pido a los Pastores que vigilen atentamente sobre la celebración del sacramento de la Reconciliación, limitando la praxis de la absolución general exclusivamente a los casos previstos, siendo la celebración personal la única forma ordinaria. Frente a la necesidad de redescubrir el perdón sacramental, debe haber siempre un *Penitenciario* en todas las diócesis. En fin, una praxis equilibrada y profunda de la *indulgencia*, obtenida para sí o para los difuntos, puede ser una ayuda válida para una nueva toma de conciencia de la relación entre Eucaristía y Reconciliación. Con la indulgencia se gana «la remisión ante Dios de la pena temporal por los pecados, ya perdonados en lo referente a la culpa»". [Benedicto XVI, Exhortación apostólica *Sacramentum caritatis* (2007) n. 21].

(77) "Efectivamente, como se constata en la actualidad, los fieles se encuentran inmersos en una cultura que tiende a borrar el sentido del pecado, favoreciendo una actitud superficial que lleva a olvidar la necesidad de estar en gracia de Dios para acercarse dignamente a la Comunión sacramental. En realidad, perder la conciencia de pecado comporta siempre también una cierta superficialidad en la forma de comprender el amor mismo de Dios". [Benedicto XVI, Exhortación apostólica *Sacramentum caritatis* (2007) n. 20].

12 – COMO NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN

(78) "A la vez que pedimos perdón, perdonamos. Esto es lo que decimos cada día rezando la oración que nos enseñó Jesús: «Padre nuestro, (...) perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden» (Mt 6, 12). (...) Del perdón florece la reconciliación. Esto es lo que deseamos para cada comunidad eclesial, para todos los creyentes en Cristo y para el mundo entero. Los cristianos, perdonados y dispuestos a perdonar, entran en el tercer milenio como testigos más creíbles de la esperanza. Al cabo de siglos marcados por violencias y destrucciones, y después del último tan dramático, la Iglesia ofrece a la humanidad, en el umbral del tercer milenio, el evangelio del perdón y la reconciliación, como presupuesto para construir la auténtica paz". [Juan Pablo II, *Angelus* (12 marzo 2000)].

(79) "Así pues, la misericordia se hace elemento indispensable para *plasmear* las relaciones mutuas entre los hombres, en el espíritu del más profundo respeto de lo que es humano y de la recíproca fraternidad. Es imposible lograr establecer este vínculo entre los hombres si se quiere regular las mutuas relaciones únicamente con la medida de la justicia. (...) Por tanto, el amor misericordioso es sumamente indispensable entre aquellos que están más cercanos: entre los esposos, entre

padres e hijos, entre amigos; es también indispensable en la educación y en la pastoral. (...) El mundo de los hombres puede hacerse «cada vez más humano», solamente si en todas las relaciones recíprocas que plasman su rostro moral introducimos el momento del perdón, tan esencial al evangelio. El perdón atestigua que en el mundo está presente el amor más fuerte que el pecado. El perdón es además la condición fundamental de la reconciliación, no sólo en la relación de Dios con el hombre, sino también en las recíprocas relaciones entre los hombres. (...) Por esto, la Iglesia debe considerar como uno de sus deberes principales—en cada etapa de la historia y especialmente en la edad contemporánea—el de *proclamar e introducir en la vida* el misterio de la misericordia, revelado en sumo grado en Cristo Jesús. Este misterio, no sólo para la misma Iglesia en cuanto comunidad de creyentes, sino también en cierto sentido para todos los hombres, es *f fuente* de una vida diversa de la que el hombre, expuesto a las fuerzas prepotentes de la triple concupiscencia que obran en él, está en condiciones de construir”. [Juan Pablo II, Carta encíclica *Dives in misericordia*, (1980) n. 14].

(80) “El hombre está llamado a una plenitud de vida que va más allá de las dimensiones de su existencia terrena, ya que consiste en la participación de la vida misma de Dios. (...) Al mismo tiempo, esta llamada sobrenatural subraya precisamente el *carácter relativo* de la vida terrena del hombre y de la mujer. En verdad, esa no es realidad «última», sino «penúltima»; es *realidad sagrada*, que se nos confía para que la custodiamos con sentido de responsabilidad y la llevemos a perfección en el amor y en el don de nosotros mismos a Dios y a los hermanos.

La Iglesia sabe que este *Evangelio de la vida*, recibido de su Señor¹, tiene un eco profundo y persuasivo en el corazón de cada persona, creyente e incluso no creyente, porque, superando infinitamente sus expectativas, se ajusta a ella de modo sorprendente. Todo hombre abierto sinceramente a la verdad y al bien, aun entre dificultades e incertidumbres, con la luz de la razón y no sin el influjo secreto de la gracia, puede llegar a descubrir en la ley natural escrita en su corazón (cfr. Rm 2, 14-15) el valor sagrado de la vida humana desde su inicio hasta su término, y afirmar el derecho de cada ser humano a ver respetado totalmente este bien primario suyo. En el reconocimiento de este derecho se fundamenta la convivencia humana y la misma comunidad política.

Los creyentes en Cristo deben, de modo particular, defender y promover este derecho, conscientes de la maravillosa verdad recordada por el Concilio Vaticano II: «El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre». En efecto, en este acontecimiento salvífico se revela a la humanidad no sólo el amor infinito de Dios que « tanto amó al mundo que dio a su Hijo único » (Jn 3, 16), sino también el valor incomparable de cada persona humana. (...) *El Evangelio del amor de Dios al hombre, el Evangelio de la dignidad de la persona y el Evangelio de la vida son un único e indivisible Evangelio*”. [Juan Pablo II, Carta encíclica *Evangelium vitae* (1995) n. 2].

(81) “Dios está dispuesto a perdonar y justificar una y otra vez al pecador. (...) Es como si Cristo hubiera querido revelar que el límite impuesto al mal, cuyo causante y víctima resulta ser el hombre, es en definitiva la Divina Misericordia. Ciertamente, en ella se incluye también la Justicia, pero ésta, por sí sola, no es la última palabra en la economía divina de la historia del mundo y en la historia del hombre. Dios sabe obtener siempre del mal algo bueno. Quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad (cfr. 1 Tm 2, 4): Dios es Amor (cfr. 1 Jn 4, 8). Cristo crucificado y resucitado, como se apareció a sor Faustina, es la revelación suprema de esta verdad (...) Es como si Cristo hubiera querido decir a través de ella: «¡El mal nunca consigue la victoria definitiva!» El misterio pascual confirma que, a la postre, vence el bien;

que la vida prevalece sobre la muerte y el amor triunfa sobre el odio" [Juan Pablo II, *Memoria e identidad*, La Esfera de los libros, Madrid, 2005, pp.72-74].

(82) "La Iglesia proclama la verdad de la misericordia de Dios (...). Cuanto más pierde la conciencia humana el sentido del significado mismo de la palabra «misericordia», sucumbiendo a la secularización; cuanto más se distancia del misterio de la misericordia alejándose de Dios, tanto más la Iglesia tiene el derecho y el deber de recurrir al Dios de la misericordia «con poderosos clamores». (...) Recurramos a Dios mediante Cristo, recordando las palabras del Magnificat de María, que proclama la misericordia «de generación en generación». ¡Imploremos la misericordia divina para la generación contemporánea! (...) Esto es pues *amor a Dios*, cuya ofensa-rechazo por parte del hombre contemporáneo sentimos profundamente, dispuestos a gritar con Cristo en la cruz: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Esto es al mismo tiempo *amor a los hombres*, a todos los hombres sin excepción y división alguna: sin diferencias de raza, cultura, lengua, concepción del mundo, sin distinción entre amigos y enemigos. Esto es amor a los hombres que desea todo bien verdadero a cada uno y a toda la comunidad humana, a toda familia, nación, grupo social; a los jóvenes, los adultos, los padres, los ancianos, los enfermos: es amor a todos, sin excepción. Esto es amor, es decir, solicitud apremiante para garantizar a cada uno todo bien auténtico y alejar y conjurar el mal". [Juan Pablo II, Carta encíclica *Dives in misericordia*, (1980) n. 15].

13 – Y NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN (I)

Y NO NOS ABANDONES EN LA TENTACIÓN

(83) "Según la fe cristiana y la doctrina de la Iglesia «solamente la libertad que se somete a la Verdad conduce a la persona humana a su verdadero bien. El bien de la persona consiste en *estar* en la verdad y en realizar la verdad».

La confrontación entre la posición de la Iglesia y la situación social y cultural actual muestra inmediatamente la urgencia de que precisamente sobre tal *cuestión fundamental* se desarrolle una *intensa acción pastoral por parte de la Iglesia misma*: «La cultura contemporánea ha perdido en gran parte este vínculo esencial entre Verdad-Bien-Libertad y, por tanto, volver a conducir al hombre a redescubrirlo es hoy una de las exigencias propias de la misión de la Iglesia, por la salvación del mundo. La pregunta de Pilato: «¿Qué es la verdad?, » emerge también hoy desde la triste perplejidad de un hombre que a menudo ya no sabe *quién es, de dónde viene* ni *adónde* va. Y así asistimos no pocas veces al pavoroso precipitarse de la persona humana en situaciones de autodestrucción progresiva". [Juan Pablo II, Carta encíclica *Veritatis Splendor* (1993) n. 84].

14 – Y NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN (II)

Y NO NOS ABANDONES EN LA TENTACIÓN

(84) "La evangelización de la cultura es de especial importancia en nuestro tiempo, cuando la «dictadura del relativismo» amenaza con oscurecer la verdad inmutable sobre la naturaleza del hombre, sobre su destino y su bien último. Hoy en día, algunos buscan excluir de la esfera pública las creencias religiosas, relegarlas a lo privado, objetando que son una amenaza para la igualdad y la libertad. Sin embargo, la religión es en realidad garantía de auténtica libertad y respeto, que nos mueve a ver a cada persona como un hermano o hermana. Por este motivo, os invito particularmente a vosotros, fieles laicos, en virtud de vuestra vocación y misión bautismal, a ser no sólo ejemplo de fe en público, sino también a plantear en el foro público los argumentos promovidos por la sabiduría y la visión de la fe. La sociedad actual necesita voces claras que propongan nuestro derecho a vivir, no en una selva de libertades autodestructivas y arbitrarias, sino en una sociedad que trabaje por el verdadero bienestar de sus ciudadanos y les ofrezca guía y protección en su debilidad y fragilidad. (...) Que la exhortación de San Pablo, en la primera lectura, sea para vosotros una constante inspiración: «En la actividad no seáis descuidados, en el espíritu manteneos ardientes. Servid constantemente al Señor. Que la esperanza os tenga alegres: estad firmes en la tribulación, sed asiduos a la oración» (Rm 12, 11-12)". [Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa en Bellahouston Park en Glasgow* (16 de septiembre de 2010)].

(85) "Hoy en día se somete la Biblia a la norma de la denominada visión moderna del mundo, cuyo dogma fundamental es que Dios no puede actuar en la historia y, que, por tanto, todo lo que hace referencia a Dios debe estar circunscrito al ámbito de lo subjetivo. Entonces la Biblia ya no habla de Dios, del Dios vivo, sino que hablamos sólo nosotros mismos y decidimos lo que Dios puede hacer y lo que nosotros queremos o debemos hacer. Y el Anticristo nos dice entonces, con gran erudición, que una exégesis que lee la Biblia en la perspectiva de la fe en el Dios vivo y, al hacerlo, le escucha, es fundamentalismo; sólo *su* exégesis, la exégesis considerada auténticamente científica, en la que Dios mismo no dice nada ni tiene nada que decir, está a la altura de los tiempos." [Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, cap. 2, La Esfera de los Libros, Madrid 2007, pp. 60-61].

(86) "Otro aspecto de la realidad de la «soberanía de Dios» (reino) se observa cuando Jesús, en una palabras difíciles de explicar, dice que el «reino de los cielos» sufre violencia y que «los violentos pretenden apoderarse de él» (Mt, 11, 12). Metodológicamente es inadmisibile reconocer como «propio de Jesús» sólo un aspecto del todo y, partiendo de una semejante afirmación arbitraria, doblar a ella todo lo demás. Tenemos que decir más bien: lo que Jesús llama «Reino de Dios, reinado de Dios», es sumamente complejo y sólo aceptando todo el conjunto podemos acercarnos a su mensaje y dejarnos guiar por él" [Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, cap. 3, La Esfera de los Libros, Madrid 2007, pp. 86-87].

(87) "Pero volvamos a la tentación. Su auténtico contenido se hace visible cuando constatamos cómo va adoptando siempre nueva forma a lo largo de la historia. El imperio cristiano intentó muy pronto convertir la fe en un factor político de unificación imperial. El reino de Cristo debía, pues, tomar la forma de un reino político y de su esplendor. La debilidad de la fe, la debilidad terrena de Jesucristo, debía ser sostenida por el poder político y militar. En el curso de los siglos, bajo distintas formas, ha existido esta tentación de asegurar la fe a través del poder, y la fe ha corrido siempre el riesgo de ser sofocada precisamente por el abrazo del poder. La lucha por la libertad de la Iglesia, la lucha para que el reino de Jesús no pueda ser identificado con ninguna estructura política, hay que librarla en todos los siglos (...) El tentador no es tan burdo como para proponernos directamente adorar al diablo. Sólo nos propone decidirnos por lo racional, preferir un mundo planificado y organizado, en el que Dios puede ocupar un lugar, pero como asunto privado, sin interferir en nuestros propósitos esenciales. Soloviev atribuye un libro al Anticristo, *El camino abierto para la paz y el bienestar del*

mundo, que se convierte, por así decirlo, en la nueva Biblia y que tiene como contenido esencial la adoración del bienestar y la planificación racional.

(...) El imperio cristiano o el papado mundano ya no son hoy una tentación, pero interpretar el cristianismo como una receta para el progreso y reconocer el bienestar común como la auténtica finalidad de todas las religiones, también de la cristiana, es la nueva forma de la misma tentación. (...) ningún reino de este mundo es el Reino de Dios, ninguno asegura la salvación de la humanidad en absoluto. El reino humano permanece humano, y el que afirme que puede edificar el mundo según el engaño de Satanás, hace caer el mundo en sus manos" [Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, cap. 2, La Esfera de los Libros, Madrid 2007, pp. 64-69].

15 – MAS LIBRANOS DEL MAL (I)

(88) "Juan Pablo II, en línea con la enseñanza constante de la Iglesia, ha reiterado muchas veces que quienes se comprometen directamente en la acción legislativa tienen la «precisa obligación de oponerse» a toda ley que atente contra la vida humana. Para ellos, como para todo católico, vale la imposibilidad de participar en campañas de opinión a favor de semejantes leyes, y a ninguno de ellos les está permitido apoyarlas con el propio voto. (...) Cuando la acción política tiene que ver con principios morales que no admiten derogaciones, excepciones o compromiso alguno, es cuando el empeño de los católicos se hace más evidente y cargado de responsabilidad. Ante estas *exigencias éticas fundamentales e irrenunciables*, en efecto, los creyentes deben saber que está en juego la esencia del orden moral, que concierne al bien integral de la persona. Este es el caso de las leyes civiles en materia de *aborto y eutanasia* (que no hay que confundir con la renuncia al *ensañamiento terapéutico*, que es moralmente legítima), que deben tutelar el derecho primario a la vida desde de su concepción hasta su término natural. Del mismo modo, hay que insistir en el deber de respetar y proteger los derechos del *embrión humano*. Análogamente, debe ser salvaguardada la tutela y la promoción de la *familia*, fundada en el matrimonio monogámico entre personas de sexo opuesto y protegida en su unidad y estabilidad, frente a las leyes modernas sobre el divorcio. A la familia no pueden ser jurídicamente equiparadas otras formas de convivencia, ni éstas pueden recibir, en cuánto tales, reconocimiento legal. Así también, la libertad de los padres en la *educación* de sus hijos es un derecho inalienable, reconocido además en las Declaraciones internacionales de los derechos humanos. Del mismo modo, se debe pensar en la *tutela social de los menores* y en la liberación de las víctimas de las *modernas formas de esclavitud* (piénsese, por ejemplo, en la droga y la explotación de la prostitución). No puede quedar fuera de este elenco el derecho a la *libertad religiosa* y el desarrollo de una *economía* que esté al servicio de la persona y del bien común, en el respeto de la justicia social, del principio de solidaridad humana y de subsidiariedad, según el cual deben ser reconocidos, respetados y promovidos «los derechos de las personas, de las familias y de las asociaciones, así como su ejercicio». Finalmente, cómo no contemplar entre los citados ejemplos el gran tema de la *paz*. Una visión irenista e ideológica tiende a veces a secularizar el valor de la paz mientras, en otros casos, se cede a un juicio ético sumario, olvidando la complejidad de las razones en cuestión. La paz es siempre «obra de la justicia y efecto de la caridad»; exige el rechazo radical y absoluto de la violencia y el terrorismo, y requiere un compromiso constante y vigilante por parte de los que tienen la responsabilidad política" [Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política*, n. 4 (24 de noviembre de 2002)].

(89) "Si por un lado Occidente sigue dando testimonio de la acción del fermento evangélico, por otro, no son menos turbulentas las corrientes contrarias a la evangelización. Éstas socavan los fundamentos mismos de la moral humana, implicando a la familia y propagando la permisividad moral: los divorcios, el amor libre, el aborto, la anticoncepción, los atentados a la vida en su fase inicial y terminal, así como su manipulación. Estas corrientes disponen de enormes medios financieros, no solamente en cada nación sino también a escala mundial. En efecto, pueden contar con grandes centros de poder económico, a través de los cuales tratan de imponer sus condiciones a los países en vías de desarrollo. Por eso, es legítimo preguntarse si no estamos ante otra forma de totalitarismo, falazmente encubierto bajo las apariencias de la democracia". [Juan Pablo II, *Memoria e identidad*, La Esfera de los libros, Madrid, 2005, pp.64-65].

(90) "Existe algo que es lícito *a partir de la naturaleza*, a partir de la brújula de la creación, que posibilita al mismo tiempo, por encima de las fronteras de las legislaciones estatales el derecho de gentes. Existe aquello que es justo por naturaleza, que precede a nuestra legislación, de suerte que no todo lo que se le ocurre al hombre puede convertirse en *derecho*. Pueden darse leyes que, aun siendo leyes, no constituyen un *derecho*, sino una injusticia. La naturaleza, por ser creación, es fuente de derecho. Traza límites que no pueden traspasarse. Es patente la inmediata actualidad de esta cuestión: dondequiera que se erige en derecho el exterminio de una vida inocente, se hace derecho de la injusticia. Dondequiera que el derecho deja de proteger la vida humana, está puesto en tela de juicio como tal derecho. Decir esto no equivale a querer imponer a todos los demás, en una sociedad pluralista, la moral especial cristiana; se trata aquí de la humanidad, de la condición humana del hombre, que no puede erigir el atropello de la creación en liberación propia sin engañarse profundamente a sí mismo. (...) ¿Es que sólo se libera el hombre cuando se desliga de la creación y la deja tras sí como una servidumbre? ¿o tal vez reniega entonces de sí mismo?" [Joseph Ratzinger, *El Dios de Jesucristo*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1979, p. 45].

(91) "Una concepción positivista de la naturaleza, que comprende la naturaleza de manera puramente funcional, como las ciencias naturales la entienden, no puede crear ningún puente hacia el *Ethos* y el derecho, sino dar nuevamente sólo respuestas funcionales. (...) El concepto positivista de naturaleza y razón, la visión positivista del mundo es en su conjunto una parte grandiosa del conocimiento humano y de la capacidad humana, a la cual en modo alguno debemos renunciar en ningún caso. Pero ella misma no es una cultura que corresponda y sea suficiente en su totalidad al ser hombres en toda su amplitud. Donde la razón positivista es considerada como la única cultura suficiente, relegando todas las demás realidades culturales a la condición de subculturas, ésta reduce al hombre, más todavía, amenaza su humanidad. (...) También el hombre posee una naturaleza que él debe respetar y que no puede manipular a su antojo. El hombre no es solamente una libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea a sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también naturaleza, y su voluntad es justa cuando él respeta la naturaleza, la escucha, y cuando se acepta como lo que es, y admite que no se ha creado a sí mismo. Así, y sólo de esta manera, se realiza la verdadera libertad humana. (...) Sobre la base de la convicción de la existencia de un Dios creador, se ha desarrollado el concepto de los derechos humanos, la idea de la igualdad de todos los hombres ante la ley, la conciencia de la inviolabilidad de la dignidad humana de cada persona y el reconocimiento de la responsabilidad de los hombres por su conducta. Estos conocimientos de la razón constituyen nuestra memoria cultural. Ignorarla o considerarla como mero pasado sería una amputación de nuestra cultura en su conjunto y la privaría de su integridad". [Benedicto XVI, *Discurso en el Parlamento Federal*, Reichstag de Berlín, (22 de septiembre de 2011)].

(92) "En lo íntimo de la conciencia moral se produce el eclipse del sentido de Dios y del hombre, con todas sus múltiples y funestas consecuencias para la vida. Se pone en duda, sobre todo, la conciencia de cada persona, que en su unicidad e irrepitibilidad se encuentra sola ante Dios. 18 Pero también se cuestiona, en cierto sentido, la «conciencia moral» de la sociedad. Esta es de algún modo responsable, no sólo porque tolera o favorece comportamientos contrarios a la vida, sino también porque alimenta la «cultura de la muerte», llegando a crear y consolidar verdaderas y auténticas «estructuras de pecado» contra la vida.

La conciencia moral, tanto individual como social, está hoy sometida, a causa también del fuerte influjo de muchos medios de comunicación social, a un *peligro gravísimo y mortal*, el de la *confusión entre el bien y el mal* en relación con el mismo derecho fundamental a la vida. Lamentablemente, una gran parte de la sociedad actual se asemeja a la que Pablo describe en la Carta a los Romanos. Está formada «de hombres que aprisionan la verdad en la injusticia» (1, 18); habiendo renegado de Dios y creyendo poder construir la ciudad terrena sin necesidad de El, «se ofuscaron en sus razonamientos» de modo que «su insensato corazón se entenebreció» (1, 21); «jactándose de sabios se volvieron estúpidos» (1, 22), se hicieron autores de obras dignas de muerte y «no solamente las practican, sino que aprueban a los que las cometen» (1, 32). Cuando la conciencia, este luminoso ojo del alma (cf. Mt 6, 22-23), llama «al mal bien y al bien mal» (Is 5, 20), camina ya hacia su degradación más inquietante y hacia la más tenebrosa ceguera moral. [Juan Pablo II, Carta encíclica *Evangelium vitae* (1995) n. 24].

(93) "La «blasfemia» no consiste en el hecho de ofender con palabras al Espíritu Santo; consiste, por el contrario, en el rechazo de aceptar la salvación que Dios ofrece al hombre por medio del Espíritu Santo, que actúa en virtud del sacrificio de la Cruz. (...) Sabemos que un fruto de esta purificación es la remisión de los pecados. Por tanto, el que rechaza el Espíritu y la Sangre permanece en las «obras muertas», o sea en el pecado. Y la blasfemia contra el Espíritu Santo consiste precisamente en el rechazo radical de aceptar esta remisión, de la que el mismo Espíritu es el íntimo dispensador y que presupone la verdadera conversión obrada por él en la conciencia. Si Jesús afirma que la blasfemia contra el Espíritu Santo no puede ser perdonada ni en esta vida ni en la futura, es porque esta «no-remisión» está unida, como causa suya, a la «no-penitencia», es decir al rechazo radical del convertirse. (...) Ahora bien la blasfemia contra el Espíritu Santo es el pecado cometido por el hombre, que reivindica un pretendido «derecho de perseverar en el mal» —en cualquier pecado— y rechaza así la Redención. El hombre encerrado en el pecado, haciendo imposible por su parte la conversión y, por consiguiente, también la remisión de sus pecados". [Juan Pablo II, Carta encíclica *Dominum et vivificantem*, (1986) n. 46].

16 – MAS LÍBRANOS DEL MAL (II)

(94) "Esa muerte [la de Jesús] es de otra especie. No es ejecución de la sentencia que repele al hombre hacia la tierra, sino satisfacción de un amor que no quiere dejar a los demás sin una palabra, sin un sentido, sin una eternidad. No se enmarca en el veredicto dictado a la puerta del paraíso, sino en los cánticos del Siervo de Dios: es muerte que brota de esas palabras y, por consiguiente, muerte que quiere llevar luz a los pueblos; muerte en el contexto del acto expiatoria, que quiere obrar la reconciliación; muerte, pues, que termina con la muerte" [Joseph Ratzinger, *El Dios de Jesucristo*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1979, pp. 89-90].

(95) "La crisis de esperanza afecta más fácilmente a las nuevas generaciones que, en contextos socio-culturales faltos de certezas, de valores y puntos de referencia sólidos, tienen que afrontar dificultades que parecen superiores a sus fuerzas. Pienso, queridos jóvenes amigos, en tantos coetáneos vuestros heridos por la vida, condicionados por una inmadurez personal que es frecuentemente consecuencia de un vacío familiar, de opciones educativas permisivas y libertarias, y de experiencias negativas y traumáticas. Para algunos –y desgraciadamente no pocos–, la única salida posible es una huida alienante hacia comportamientos peligrosos y violentos, hacia la dependencia de drogas y alcohol, y hacia tantas otras formas de malestar juvenil. A pesar de todo, incluso en aquellos que se encuentran en situaciones penosas por haber seguido los consejos de «malos maestros», no se apaga el deseo del verdadero amor y de la auténtica felicidad". [Benedicto XVI, *Mensaje para la XXIV Jornada Mundial de la Juventud* (22 de febrero de 2009)].

(96) "Para muchas personas, especialmente para los jóvenes, la ciudad se convierte en una experiencia de desarraigo, anonimato e injusticia, con la consiguiente pérdida de identidad y del sentido de la dignidad humana. El resultado es, a menudo, la violencia, que ahora caracteriza a muchas de las grandes ciudades (...): la ciudad promete mucho y da muy poco a un gran número de personas. Este sentido de decepción está relacionado, asimismo, con una pérdida de confianza en las instituciones políticas, jurídicas y educativas, pero también en la Iglesia y en la familia.(...) Es un mundo cada vez más secularizado, un mundo de una sola dimensión, que muchos sienten como una cárcel. En esta «ciudad del hombre», estamos llamados a construir «la ciudad de Dios»; (...) debe existir un nuevo impulso misionero en las ciudades, con hombres y mujeres generosos, sobre todo jóvenes, que se comprometan en nombre de Cristo a invitar a la gente a unirse a la comunidad eclesial. (...) Esto dependerá en gran parte del impulso y de la entrega de los misioneros laicos urbanos; éstos necesitarán también contar con la ayuda de sacerdotes verdaderamente celosos, que estén movidos por espíritu misionero y sepan cómo infundirlo en los demás. Es vital que los *seminarios y las casas de formación sean considerados claramente como escuelas para la misión*, formando sacerdotes que podrán ayudar a los fieles a convertirse en los nuevos evangelizadores que la Iglesia necesita ahora. (...) No sólo las parroquias, sino también *las escuelas católicas y las demás instituciones, deben abrirse a las urgentes necesidades pastorales para evangelizar las ciudades*" [Juan Pablo II, *Discurso a los Obispos de la Conferencia Episcopal de Canadá (Región de Ontario) en Visita "ad limina Apostolorum"* (4 de mayo de 1999)].

(97) "En este sentido, es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. Ef 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando « hasta el extremo », «hasta el total cumplimiento» (cf. Jn 13,1; 19,30). Quien ha sido tocado por el amor empieza a intuir lo que sería propiamente «vida». (...) Jesús que dijo de sí mismo que había venido para que nosotros tengamos la vida y la tengamos en plenitud, en abundancia (cf. Jn 10,10), nos explicó también qué significa «vida»: «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo» (Jn 17,3). (...) Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces «vivimos». (...) Más aún: nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. (...) Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en

su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza” [Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe Salvi* (2007) n. 27; n. 31].

17 – LA TRAICIÓN

(98) “Precisamente por medio de este servicio el hombre se convierte de modo siempre nuevo en «el camino de la Iglesia», como dije ya en la Encíclica sobre Cristo Redentor 249 y ahora repito en ésta sobre el Espíritu Santo. La Iglesia unida al Espíritu, es consciente más que nadie de la realidad del hombre interior, de lo que en el hombre hay de más profundo y esencial, porque es espiritual e incorruptible. A este nivel el Espíritu injerta la «raíz de la inmortalidad», de la que brota la nueva vida, esto es, la vida del hombre en Dios que, como fruto de su comunicación salvífica por el Espíritu Santo, puede desarrollarse y consolidarse solamente bajo su acción. (...) Mediante el don de la gracia que viene del Espíritu el hombre entra en «una nueva vida», es introducido en la realidad sobrenatural de la misma vida divina y llega a ser «santuario del Espíritu Santo», «templo vivo de Dios». En efecto, por el Espíritu Santo, el Padre y el Hijo vienen al hombre y ponen en él su morada” [Juan Pablo II, Carta encíclica *Dominum et vivificantem*, (1986) n. 58].